AÑO III — BUENOS AIRES, 18 DE AGOSTO DE 1924 — No. 135

LA PROTESTA

PRECIO: 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 0 478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

PROCLAMAS DE PAZ

Los comités ejecutivos de la Federación Sindical Internacional (Amsterdam), de la Internacional Obrera Socialista (Londres) y de la Internacional de las Juventudes Socialistas (Berlin), tres cuerpos que responden a una misma cabeza, dirigieron a los trabajadores de todos los países una proclama de paz. Hagámonos eco de ese llamado a la concordia universal, de ese grito contra la guerra que hoy lanzan al mundo los cómplices de la última carnicería. Y supongamos por un momento que el clamor de las víctimas de la horrible masacre, la trágica visión de la Europa devastada, el dantesco infierno que vive el proletariado en esta hora de paz armada, hayan arrancado a los jefes del socialismo esa apelación angustiosa a los sentimientos más nobles y altruistas del hombre.

Pero no está en la condenación de la guerra y de los métodos militaristas del capitalismo, el remedio para los males presentes. Es menester definir la conducta de los jefes obreros frente a la burguesía victoriosa, predisponer el ánimo de los trabajadores contra el régimen que alimenta el monstruo de destrucción, destruir en la conciencia de la masa la funesta herencia de odio legado por los criminales de ayer. ¿Cómo, pues, interpretan los social-reformistas la normalización del mundo, dislocado por el formidable choque? ¿En qué forma quieren poner fin a la sangrienta bacanal del capitalismo? Retornando al punto de partida, volviendo a las condiciones políticas, económicas y espirituales de antes de 1914, consagrando los males que gestaron la guerra terrible.

En su proclama de paz, que sólo vale como señuelo para deslumbrar a la clase trabajadora, los jefes del socialismo señalan a los responsables de la última guerra. Pero esa responsabilidad apenas toca la superficie del problema: se limita a descubrir las intenciones del imperialismo germano, la locura guerrerista del Kaiser, como si no fueran todos los gobernantes responsables de la liquidación de un viejo pleito de los grandes tiburones de la industria y de las finanzas.

Dicen los jefes de las Internacionales marxistas que las masas se dejaron deslumbrar por la propaganda chauvinista de la prensa burguesa, que fueron conducidas a la guerra bajo la promesa de que sería la última y dominadas por la idea de que defendían la civilización, el progerso y la cultura de sus respectivas nacionalidades. Eluden así su parte de responsabilidad en la bárbara inmolación. Se colocan fuera de su órbita y olvidan que fueron ellos los primeros en plegarse al bando de los odiosos agitadores de la matanza necesaria... ¿Qué jefes socialistas — salvo contados hombres que vieron claro el fondo de la propaganda guerrera llevada a cabo por los dos bandos beligerantes—clamaron entonces contra la fiebre homicida que arrastró a los pueblos al exterminio y a la locura? En la proclama de paz se reivindica el nombre glorioso de Jean Jaurés, el pacifista sacrificado por la reacción. Pero a Jaurés no lo entendían los socialistas de 1914 y su apostolado de paz fué acallado por las balas de un mercenario del capitalismo.

Pero no hablemos de lo pasado. Olvidemos el vergonzoso espectáculo ofrecido por los socialistas de ayer. No tengamos en cuenta que fueron ellos, desde la tribuna parlamentaria y desde la prensa, los primeros en sostener la necesidad de la guerra y los que hicieron pesar toda su influencia sobre el proletariado para hacer imposible toda oposición de abajo a la criminal maniobra urdida en las cancillerías. Analicemos la situación actual del socialismo, sus esfuerzos por volver a las condiciones políticas y económicas de antes de 1914, su apoyo decidido a los reconstructores del capitalismo en quiebra. Los jefes social-reformistas no rompieron la "sagrada alianza" pactada con la burguesía: la mantienen en toda su significación política y económica a fin de liquidar la guerra a costa del proletariado. Y esa liquidación, que ofrece los exponentes más dolorosos y tiende a consagrar el dominio del capitalismo, se realiza combatiendo en las masas toda tendencia revolucionaria y ahogando los más legítimos anhelos de emancipación económica y de libertad política.

No pueden laborar por la paz quienes se convierten en defensores del capitalismo. La guerra no es un fenómeno transitorio: la obra de un gobernante caprichoso y megalómano. Está en la entraña del régimen social imperante y sólo desaparecerá ese efecto con la causa que lo genera. El socialismo habla de paz. Pero esa pacificación sólo se consigue hoy, maniatando al proletariado y poniendo de acuerdo a los bandos capitalistas que preparan un nuevo desquite.

En la proclama de paz de los jefes marxistas se constata la ineficacia de la pacificación que desea el socialismo. Como fundamento de su política de reconciliación, la social-democracia europea expone estas conclusiones:

"Durante la guerra se proclamaba que había que combatirla para que fuese la "última". Hoy vemos que el militarismo crece en vigor. La "competencia" de los armamentos, vedada a los vencidos, se halla en pleno apogeo entre los vencedores. El peligro de la explosión es tan grande como nunca.

"Durante la guerra se anunció que su resultado debería ser la Sociedad de las Naciones, con la que en adelante toda guerra sería imposible. ¡Pero cuán distante está de realizar la gran idea de la "organización pacífica del mundo", el organismo que hoy lleva ese nombre! Pedimos que la Sociedad de las Naciones esté abierta a todas las naciones y que sea un instrumento de los pueblos antes que de los gobiernos. No queremos dejar de aprovechar ninguna posibilidad de entendernos. Pero sabemos bien lo siguiente: "el interés capitalista se volverá a hallar siempre en oposición con la organización pacífica del mundo". Por eso existirá el peligro de la guerra mientras dure el régimen capitalista.

"Queremos trabajar "contra el espíritu de guerra, contra la diplomacia secreta, por el desarme general, por la entente pacífica y el arbitraje internacional". Queremos reunir nuestras fuerzas en nuestros sindicatos y nuestras cooperativas, en nuestras organizaciones políticas, en los parlamentos, en el seno de la Sociedad de las Naciones, en todas partes donde podremos hacernos respetar. Queremos organizarnos internacionalmente para preparar la resistencia internacional bajo todas las formas, inclusive la huelga general. Pero bien sabemos que todo eso sólo podrá disminuir los peligros de guerra, sin suprimirlos.

"Mientras exista la máquina monstruosa del militarismo, y mientras los poderes capitalistas estén en condiciones de hacerla mover, los trabajadores serán víctimas de las guerras. Por la fuerza, por la presión económica y por una hábil propaganda, se conseguirá que las masas vuelvan a tomar las armas; se logrará hacer de ellas — contra su voluntad — instrumentos ciegos de los fautores de la guerra. La negativa personal a hacer el

Primo de Rivera no se tiene confianza

Ayúdame, Apóstol Santiago, hasta que consiga la unidad de la patria y el respeto a nuestro rey, por gracia de Dios... Ya he cosido la boca a los descontentos, pero queda — ¡Santiago de mi alma! — el pueblo, que no callará siempre.

servicio militar, será siempre una demostración impresionante; pero no podría ser una manifestación de las masas realmente capaz de impedir el peligro.

"Por consiguiente, no queda otro medio que el de extirpar a fondo la posibilidad de la guerra: abolir el orden social del capitalismo. El poder en manos de los trabajadores no será sólo el fin de la explotación de los trabajadores, sino también de las guerras".

Esta postrer declaración revolucionaria no concreta un deseo; no es siquiera una anticipación de posibles actividades. Es el golpe de efecto para ilusionar al proletariado: el señuelo del reformismo, enemigo de toda clase de revoluciones.

Lo real está en las maniobras políticas de esos pacifistas de ocasión: en su complicidad con la burguesía empeñada en liquidar la última guerra para prepararse otra, de mayores proporciones. ¿Cómo pueden abogar por la destrucción del capitalismo sus más fieles servidores? Toda la actividad de la social-democracia se desenvuelve dentro de la órbita del Estado. Su pacifismo no va más allá de la Liga de las Naciones, instrumento de los vencedores creado para imponer la paz victoriosa.

Y, en el plano nacional, no abarcan otros problemas que los que tienen relación con la práctica parlamentaria y con la política colaboracionista.

La paz, buscada por ese camino, no puede ser más que una tregua en la lucha de los intereses y de los antagonismos nacionalistas y capitalistas. Y como el socialismo no acepta las prácticas revolucionarias, como se opone a todo cambio social que ponga en peligro la estabilidad del Estado, sus jefes están condenados a girar siempre en torno al mismo círculo vicioso: a seguir todas las alternativas de esa guerra que tiene en el régimen burgués su permanente fermentación.

Un tomo en 8°. de 268 págs. $ 1.20

Edición especial, papel pluma ... „ 2.00
„ „ „ *encuadernado en tela* „ 3.50

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera — Pedidos a Perú 1537

Buenos Aires

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compañeros que a todo pedido que haya de servirse por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.

Evolución del movimiento obrero en Alemania

Stephan Born y la Arbeiterverbrüderung (1748)

STEPHAN BORN nació el 28 de diciembre de 1824 en Lissa (Posen), hijo del corredor de comercio judío Meyer Buttermilch; desde muy temprano comenzó su afición a la lectura de toda suerte de libros y periódicos y reveló igualmente desde su juventud, inclinaciones humanitarias. Como los medios financieros de la familia no le permitían hacer estudios oficiales en la Universidad, eligió, no la carrera comercial, como su padre, sino la tipografía. A los catorce años fué a Berlín como aprendiz en una imprenta; en ese período de aprendizaje concurrió, cuando le fué posible, a conferencias diversas y al teatro; su instrucción fué acrecentada sin cesar con una gran tenacidad; en bien poco tiempo dominó su oficio.

La miseria de los trabajadores era espantosa en toda Alemania; infinidad de revueltas tuvieron lugar en diversas regiones; en los primeros días de junio de 1844 estalló la famosa sublevación de los tejedores de Silesia, brutalmente reprimida por las fuerzas militares. Los elementos liberales clamaban por medidas que disminuyeran los estragos del hambre y de la miseria general del pueblo; el ambiente de 1848 comenzaba a agitar los espíritus; a mediados de 1844 se formó una Sociedad para las clases pobres (Verein für ärmeren Klassen) con el propósito de mejorar el estado material e intelectual del pueblo trabajador; fué pronto víctima de la furia represiva del gobierno; a fines del mismo año se fundó una Sociedad para el bienestar de la clase trabajadora (Verein für das Wohl der arbeitenden Klassen), compuesta por representantes de las finanzas, de la industria, de la literatura, por altos funcionarios, etc., su programa consistía en la fundación de cajas de socorro; en realidad esta sociedad no era más que una sociedad de beneficencia creada para aliviar la situación de la clase obrera por los causantes del malestar y de la miseria. Los paliativos de la burguesía, que patrocinaba también el rey, no impidieron el descontento de los trabajadores. En 1846, por ejemplo, los obreros de una construcción ferroviaria en las proximidades de Brandenburgo se declararon en huelga a causa de una reducción de salarios; intervinieron los coraceros y el conflicto terminó con la prisión de una parte de los "agitadores". El derecho de coalición para los obreros era siempre muy severo, y sin embargo éstos comenzaban a entrever en la asociación el único medio de defensa contra la explotación.

Born es probablemente autor del folleto de 1845: *Der Verein zur Hebung der arbeiter Klassen und die Volksstimme über ihn.* En él se lee: "En la historia de los pueblos se preparan acontecimientos de transcendencia; todo el que vive en el presente siente poderosamente acercarse una tempestad que tal vez esté destinada a dar un ataque violento a todas nuestras instituciones". Ese pequeño escrito revela una personalidad en germen y constituye una voz proletaria consciente en medio del concierto del liberalismo burgués. Una de las ideas de Born, de entonces y de más tarde, es que la elevación moral e intelectual del proletariado debe ser fruto del proletariado mismo; de la burguesía no espera sino que haga accesible un poco más de su instrucción intelectual; aspira a formar una sociedad obrera, para que los trabajadores se conviertan con su ayuda en seres humanos; primeramente sería un círculo de los trabajadores elevados a la pura humanidad, pero después concentraría las mejores fuerzas de todas las clases para "luchar y combatir con nosotros y padecer con nosotros en pro de un dorado futuro".

Los trabajadores constituían una fuerza; las autoridades lo comprendían y procuraban alentar toda agitación de tendencias reformistas o susceptibles de desviar al proletariado industrial, sobre todo, de las teorías radicales: por desgracia no faltaron en Alemania nunca gentes poco más o menos liberales, procedentes del ambiente intelectual y burgués que contribuyeron poderosamente a matar la libre iniciativa de los trabajadores y educar su espíritu en la subordinación y en la dependencia. Como el derecho de coalición, por estricto que fuese, no lograba impedir el resurgimiento de la agrupación, se vió pronto que era más acertado adelantarse a las aspiraciones obreras, marcándoles una ruta de engañadoras mejoras, seduciéndolas con los oropeles de la instrucción proletaria. En la víspera y durante la revolución de 1848 se multiplicaron prodigiosamente las asociaciones obreras, dirigidas siempre por elementos extraños al proletariado y con otros fines. Raramente se expresaba la voluntad de los hombres de trabajo, cuyo espíritu era domesticado por el liberalismo mucho más que por la reacción y la brutalidad gubernativas. En la víspera de la revolución del 48 existía en Berlín una sociedad de obreros manuales (*Handwerkverein*), pero bajo la tutela de los liberales más o menos humanitarios; Born constituyó parte de ella desde abril de 1846; de cuando en cuando se pronunciaban conferencias que despertaban el sentimiento de los miembros, y cargaban la atmósfera con presagios de tempestad. Algunos de sus conferenciantes llegaron a decir que el supremo de los bienes era la libertad; el gobierno temió que la sociedad se convirtiera en un foco de comunismo y tomó sus medidas preventivas; los obreros ambulantes llevaron a la sociedad el germen de las nuevas ideas de Weitling y de la Federación de los justos (Bund der Gerechten). En 1845 y 46 trabajaron el ambiente proletario berlinés y en especial la Sociedad de los obreros manuales; dos revolucionarios comunistas —Mentel y Hätzel, intentando crear una asociación secreta. En diciembre de 1846 fueron descubiertos y procesados, aunque ya en el verano de 1847 estaban todos en libertad.

Esa sociedad formó, en verdad, un ambiente entre los trabajadores que hizo que al estallar la revolución, éstos levantaran barricadas en las calles de Berlín, en defensa de la burguesía liberal que los había educado.

Dentro de la sociedad se formó un club de discusión; en ese club trabó Born su amistad con el platero Bisky. Por intermedio de Julius Berends entró Born en contacto con los 'Libres", que se agrupaban en torno a Max Stirner, y conoció a los hermanos Bauer.

A fines de 1846, Born se decidió a viajar; su fin era París, a donde llegó en diciembre; llevaba una carta para Friedrich Engels, pero primero se detuvo en el círculo del proudhoniano Karl Grün. En enero de 1847 se acercó a Engels; era la época de la contienda entre el comunismo obrero y el "verdadero socialismo". Engels estaba en lucha abierta con Grün y todos los revolucionarios de tendencias libertarias. Born se adhirió a Engels. En comisión del comité comunista de Londres hizo propaganda por la tendencia Marx-Engels contra la tendencia anárquica de Wilhelm Marr. En Berna compuso él mismo en una imprenta, un folleto suyo titulado: *Der Heinzensche Staat*, en el que se expresa una ideología marxista. En ese folleto dice que la revolución no es cosa de un pueblo abstracto, sino siempre de una clase que quiere hacer de sus intereses, intereses de Estado; el Estado fué siempre la organización de las clases dominadoras para la opresión de las clases débiles; así es bajo la república lo mismo que en la monarquía absoluta o limitada, y así "será y así queremos que sea en el futuro". En una palabra, se adhiere con entusiasmo a la fórmula marxista de la conquista del Estado para la clase obrera. Marx estaba entonces en Bruselas y Born lo conoció personalmente en esa ciudad. En conmemoración de la revolución polaca de 1830, Born fué comisionado para hablar en nombre de los alemanes por Karl Marx. Su discurso fué bastante comentado.

En febrero de 1848 estalló una revolución en París que destronó a Luis Felipe. Born se dirigió a París; allí le sorprendió la noticia de la revolución en Alemania y se apresuró a regresar a Berlín.

La sociedad de obreros manuales de Berlín había fomentado un cambio de ideas fecundo entre el proletariado; el propósito del destronamiento del rey no era extraño a las capas instruídas de la población obrera; pero en general, no obstante la inclinación sentida hacia la agrupación de los proletarios, con exclusión de los intelectuales liberales, el pensamiento político de los trabajadores dependía en gran parte del de los demás burgueses.

Entre los gremios que sobresalían por su espíritu revolucionario hay que mencionar a los sastres.

La revolución de 1848 en Alemania tuvo un carácter burgués, pero los obreros dieron el mayor contingente de combatientes; entre los caídos no había menos de un 90 por ciento; en Berlín sobre todo, el heroísmo de los rebeldes quedó triunfante y el rey se vió obligado a prometer las simples reivindicaciones revolucionarias que se le presentaron.

Cunado Born llegó a Berlín, las barricadas habían cedido. Pero se comprendió generalmente, por propios y por extraños, que los trabajadores constituían un poder irresistible; los partidos políticos de todos los colores compitieron entonces en ganar su simpatía, en especial para las elecciones de la Asamblea nacional, la única adquisición de la revolución de marzo, — una adquisición bastante ilusoria. El pueblo fué muy a menudo víctima de los demagogos y de los comediantes de la revolución. Pero un grupo de unos ciento cincuenta trabajadores se constituyeron en un club especial, con el propósito de aclarar entre sí los diversos problemas antes de acercarse a las grandes masas. El club resolvió invitar a los establecimientos fabriles, a las comunidades obreras, a los talleres, a nombrar representantes para formar un comité central. El 19 de abril se constituyó dicho comité bajo la presidencia de Born y del platero Bisky. El comité central debía ser el punto de convergencia de una serie de clubs de distrito diseminados por la ciudad. En esta organización se comenzó a revelar un nuevo espíritu; ya no sólo se trataba de *organizar el trabajo* como era el caso en la concepción de los viejos gremios, sino de *organizar a los trabajadores* para que constituyeran una fuerza al servicio de las propias necesidades y reclamaciones. En el comité central intervino también un joven de 19 años muy conocido entre los trabajadores de Berlín, Adolph Schloffels. Schloffels procedía de una familia acomodada; por su temperamento rebelde fué relegado en sus estudios y se dedicó a "instruir al pueblo sobre sus deberes y sobre todo sobre sus derechos"; por su carácter fogoso, se produjeron algunos choques con Born. Born predicaba la calma y la moderación en medio de aquellos días febriles; se habían producido ya muchos desórdenes inútiles, destrucciones de máquinas, etc. en lo cual los trabajadores salían siempre perdiendo; por eso recomendaba una solución pacífica y legal de los conflictos y de las reclamaciones proletarias. Su ideal era una fuerte organización obrera. Sostenía la idea que en Alemania todavía no existían las divergencias de clase tan antagónicas como en Francia y en Inglaterra y que por eso el camino debía ser pacífico.

El comité central se creó un órgano propio que apareció el 25 de mayo, "*Das Volk.*— Organo del comité central para los obreros". Born, sin perder del todo sus conocimientos marxistas, comenzó a seguir puntos de vista más o menos eclécticos, Marx y Engels no creían entonces en la posibilidad de un movimiento obrero en Alemania y se contentaban con apoyar la parte avanzada del liberalismo burgués. *Das Volk* significó un toque de alarma en las filas de los trabajadores alemanes, pero no un incentivo a conquistar el bienestar y la libertad por las propias fuerzas, sino a solicitar al Estado diversas reformas económicas y políticas.

El proletariado alemán se encontraba entonces en el período de transición de los gremios medioevales al moderno proceso de la producción capitalista; por eso no es extraño encontrar en Born y en el movimiento obrero de aquella época una mezcla de modernas concepciones marxistas junto a las ideas e intereses de los antiguos gremios.

Una cosa era clara para Born y es que los trabajadores constituyen como clase una fuerza enorme que podría dictar leyes al mundo.

Cuando el comité central de Berlín vió los esfuerzos de las otras tendencias obreras, como la del profesor Winkelblech y otras en pro de una federación general alemana, se apresuró a convocar para fines de agosto de 1848 un congreso; para ese fin se formó una comisión compuesta por Born y representantes de los trabajadores de Hamburgo, de Berlín y de Koenisberg.

El 11-14 de junio sesionó en Mainz un congreso de los tipógrafos alemanes y se fundó una Asociación nacional de tipógrafos, que tuvo muy pronto la adhesión de más de cien organizaciones locales. En ese congreso se fijó una tarifa nacional de salarios que dió motivo a numerosas luchas y huelgas de éxito variable.

El congreso obrero convocado en Berlín inició sus sesiones el 23 de agosto de 1848 sesionó hasta el 3 de septiembre. Concurrieron 40 delegados en representación de 35 organizaciones de todas partes de Prusia, de Sajonia, de Munich, Schwerin, Hamburgo y Francfort del Meno. —El congreso envió una circular a la Asamblea nacional de Francfort conteniendo diversas peticiones relativas al trabajo y a los trabajadores, y el hecho saliente de la reunión fué la fundación de la *Arbeiterverbrüderung* (Fraternidad obrera) con el propósito de organizar a todos los obreros alemanes y de formar así una red de asociaciones locales y de distrito que pesara en los destinos políticos del país.

En lugar de *Dar Volk*, fué fundado un nuevo órgano, el *Verbrüderung*, bajo la redación de Born. El comité central de la Arbeiterbrüderung fué trasladado a Leipzig.

El comité local de Berlín se puso a disposición de la Asamblea nacional e intentó apoyarla contra la reacción amenazante con la contundencia de las barricadas, sin éxito, ciertamente. En noviembre de 1848 el comité central de Leipzig dictó una circular a todas las secciones de la Arbeiterverbrüderung para el armamento de los trabajadores. Se veía claramente que las famosas "conquistas de la revolución" de 1848 estaban en peligro; pero el influjo de los demócratas burgueses era demasiado poderoso aun en la clase obrera y, lejos de aprovechar la fuerza revolucionaria que ésta ofrecía, los reformistas procuraron siempre sofocarla y domeñarla.

La Arbeiterverbrüderung tuvo un rápido pero efímero crecimiento. En enero de 1849 se adhirió a ella la Sociedad obrera general alemana del profesor Winckelblech. En marzo del mismo año entró a formar parte de la Arbeiterverbrüderung una Sociedad obrera del sur de Alemania, con sede en Francfort; luego una asociación obrera del suroeste de Alemania con sede en Hannover. También se adhirió pasajeramente la asociación nacional de socorros de los tabaqueros. Pero el período de prosperidad fué interrumpido por la reacción.

En mayo de 1849 estalló en Dresde una sublevación; las masas obreras levantaron barricadas y fueron varios días dueñas de la ciudad; los guías de la lucha fueron Miguel Bakunin y Born; diversas causas motivaron el fracaso de los rebeldes, — unos tres mil combatientes contra 15.000 soldados que acudieron a sofocar la sublevación. Richard Warner, el músico alemán, combatió también en las barricadas de Dresde. El 9 de mayo los rebeldes más comprometidos abandonaron la ciudad, después de 4 días de lucha, muertos de cansancio. Bakunin fué arrestado y condenado a muerte, luego amnistiado y entregado a Austria; Wagner se salvó en casa de una hermana y Born consiguió huir a Suiza, donde murió en 1898 como profesor de filosofía en la Universidad de Basilea.

La Arbeiterverbrüderung llegó a contar 250 sociedades locales. El órgano de la asociación dejó de aparecer el 1.o de julio de 1850. Baviera y Sajonia prohibieron la Arbeiterverbrüderung y en Prusia sucedió lo mismo indirectamente. En 1854 las autoridades disolvieron todas las sociedades obreras en Alemania, dando así muerte definitiva a la primera organización sindical general alemana.

La reacción prusiana fué brutal; las fuerzas militares fusilaron y masacraron revolucionarios de todas las categorías y en todas partes. La lucha por la constitución nacional terminó en una derrota sangrienta del pueblo. En Baden y en el Palatinado la lucha fué reñida, pero la contrarrevolución triunfó. En un encuentro de los rebeldes con las tropas leales cerca de Waghausel cayó el jóven Schloffel al frente de su batallón. Las conmociones de 1848 debieron haber significado la última lucha en común de los trabajadores con la burguesía liberal; entonces era tal vez comprensible la creencia en la supuesta unidad de intereses frente al enemigo común; pero la gran lección del 48 no ha sido tenida en cuenta por los obreros alemanes.

Cuando hablamos del movimiento obrero en 1848 no podemos dejar sin mención las asociaciones nacionales de oficio que se fundaron entonces como por ejemplo la de tipógrafos, ya mencionada (junio de 1848) y la de los cigarreros, con unas sesenta secciones; esas asociaciones nacionales de oficio son precursoras de las actuales organizaciones reformistas.

D. Abad de Santillán

Ojeada general sobre el movimiento anarquista revolucionario de Italia desde 1914 hasta hoy

IV

La agitación contra la carestía de la vida en 1919 y 1920 y la revuelta de Ancona.

La guerra europea primero, la lucha en pro y en contra de la intervención en la guerra devastaron el movimiento obrero italiano por unos nueve meses. El estado de anormalidad y de reacción que se desencadenó poco después de la famosa "semana roja" de junio de 1914, y además la intervención de Italia en la guerra después, si habían dividido el movimiento subversivo no habían logrado destruir el espíritu revolucionario de las masas italianas, aunque un gobierno militar, con su absurda y severa censura, supo impedir toda libre expresión de crítica y toda voz de protesta. Y sin embargo, si la mayoría del pueblo respondió a la guerra deseada y querida por el gobierno italiano, la sensibilidad rebelde de ese pueblo no había desaparecido, y también la agitación revolucionaria, tanto entre las masas trabajadoras como entre los soldados, fué desarrollada ininterrumpidamente y mantenida viva aun durante el período más crítico de la guerra, por medio de la prensa, de la palabra y de la acción, como hemos tenido ocasión de ver en el primer artículo de esta serie (1). De toda la numerosa prensa anárquica de Italia, no había logrado sobre vivir y mantener la publicación regular durante todo el período de la guerra más que el periódico pisano *L'Avvenire anarchico*. También la prensa socialista, la que se declaró contra la guerra, al menos, fué reclamente afectada y sólo a través de grandes dificultades y obstáculos logró publicarse y difundirse. Como en todas partes, también en Italia imperaba la bestialidad triunfante. Pero la violencia de la política militar del puño de hierro no era ciertamente la más indicada para probar al pueblo que la guerra que se ventilaba era la famosa guerra revolucionaria, la guerra por la libertad, y exacerbó más y más los ánimos ya irritados por las continuas privaciones que imponía el estado de guerra, y poco a poco preparó las bases para un movimiento revolucionario más profundo después de la guerra, que arrastraría seguramente a las masas, una vez cesado el encanto de la "bella guerra" que, en cierto modo, las mantenía ligadas al carro del gobierno. Los anarquistas en general se encontraron unánimes contra la guerra, como también una buena parte de los socialistas; y, en muchas ocasiones, anarquistas y socialistas habían trabajado y combatido mano a mano, sobre todo en el primer período de 1915-16, cuando se formó un frente único entre todos los partidarios de la guerra y se desencadenó una lucha feroz contra todos los que habían quedado fieles a las ideas de internacionalismo y de antimilitarismo.

Ya durante la guerra había habido movimientos obreros, como por ejemplo la agitación de los metalúrgicos, primero, después, al acabar la guerra, la agitación en pro de una amnistía para todas las víctimas políticas y de la guerra.

Cuando se esparció la noticia del armisticio tuvieron lugar inmensas demostraciones en todas las ciudades de Italia; demostraciones que no sólo exigían la terminación de la guerra, sino también la libertad y sobre todo pedían la amnistía.

Durante la guerra, en Italia como en todas partes se habló mucho de los problemas revolucionarios que se resolverían con la guerra, y clases burguesas y gobierno no escatimaron promesas y garantías del futuro bienestar que implicaría la terminación de la conflagración.

La burguesía italiana, para incitar al pueblo le había dicho que la guerra quedaría liquidada, con la intervención de Italia, en pocas semanas, había acumulado promesas sobre promesas, seguras concesiones, y en fin promesas de que estaban próximos tiempos mejores. Prometieron a los campesinos las tierras incultas, las ocho horas de trabajo a los obreros, y, para conquistar la simpatía o el silencio de los socialistas, hasta la Constituyente.

Cesadas las hostilidades, el pueblo quería ver realizadas inmediatamente algunas de las numerosas promesas hechas y sobre todo algunas de las más importantes. Pero al terminar la guerra, ni gobierno ni burguesía intentaron mantener las promesas hechas cuando la necesidad de contar con la unanimidad del pueblo se les había impuesto, y la solicitud de las masas respondieron con la violencia. En consecuencia, de parte de los obreros se inició en todas las industrias la agitación por las ocho horas, que sólo fueron aplicadas los primeros meses de 1919 (los metalúrgicos fueron los primeros en aplicarlas, desde el 27 de febrero de 1919), y en el campo los campesinos comenzaron la lucha por la expropiación de las tierras incultas.

Como había que preverlo, las masas cansadas de la larga guerra, cansadas de las privaciones y del régimen militar, que habían durado algunos años, al terminar la guerra se volvieron a aquellos que durante la misma habían sido hostiles a la matanza de los pueblos, es decir hacia los socialistas y los anarquistas. Lo que los jefes socialistas anhelaban —explotando la fe popular —, no era llevar a las masas a la revolución sino forzar a la burguesía, valiéndose del descontento popular, a realizar la famosa promesa de la "Constituyente". Y todos los esfuerzos de los elementos socialistas, aquellos sobre todo que estaban al frente de la gran organización sindical, la Confederación General del Trabajo, no querían satisfacer las aspiraciones revolucionarias de las masas, sino encerrar todo el movimiento que se desarrollaba en los diques del reformismo, tratando de unificar todos los diferentes deseos de las masas en uno solo, el de los jefes, para la creación de un nuevo parlamento, para la creación de la Constituyente. Pero la propaganda anarquista que se desarrollaba más y más, especialmente por medio de la prensa que aumentaba todos los días, de la palabra y de la acción que las masas escuchaban y seguían, obligaba a los jefes a marchar contra su voluntad y contra sus intenciones tras ella. Y la demanda obrera de mejoramientos económicos; la demanda de los campesinos de las tierras incultas y la agitación en favor de la amnistía se extendían y se fortificaban más y más. La amplitud de las demostraciones y de la agitación habían arrancado ya a la burguesía y al gobierno muchas conquistas; pero no calmaron de ningún modo al pueblo y a la masa revolucionaria que, sostenida por las organizaciones y grupos verdaderamente revolucionarios, no dejaban escapar ocasión alguna para hacer nuevas demandas, cada vez más audaces, no sólo de carácter económico, sino también y sobre todo de carácter moral y político. En ocasión del Primero de Mayo de 1919, la Unione Sindacale Italiana lanzó un manifiesto exigiendo entre otras cosas: "La desmovilización completa; la libertad de todas las víctimas políticas; la abolición del artículo 56 de los ferroviarios (libertad de huelga), restitución de los prisioneros de guerra retenidos aún en Italia y el retiro de las tropas de Rusia", incitando a las masas obreras a forzar al gobierno a ceder tales condiciones.

Dos grandes amnistías habían libertado ya numerosas víctimas políticas y "protestante rojos", como eran llamados los desertores en general; pero la marea revolucionaria subía más y más.

En mayo de 1919 los mineros de Valdarno iniciaron la agitación en pro de las seis horas de trabajo; y el 20 de mayo, en respuesta a las amenazas de Lock-out de la Sociedad minera, declararon una huelga general que duró tres largos meses, obligando a la dirección de las minas a conceder todo lo que se pedía.

En tan la crisis económica — que inevitablemente sigue siempre a una guerra, crisis más o menos profunda según la guerra haya representado un esfuerzo más o menos grande de la nación — se hacía sentir en Italia también terriblemente e irritaba el ánimo sensible de los obreros. Los precios de la vida aumentaron continuamente, lo que acrecentó el descontento de la masa que, vuelta de la guerra, después de cuatro años de ocio, no sentía inclinación a servir de bestia de carga para restablecer las finanzas del Estado italiano en peligro de bancarrota. El proletariado italiano reclamaba sus derechos de ser humano y un justo reposo. El que había hecho ganancias fabulosas con la guerra, a costa de la sangre y del sufrimiento ajeno, debía devolver el dinero robado al pueblo, mientras éste se dejaba masacrar en los campos de batalla, y ayudar las finanzas del Estado en bancarrota; el pueblo lo había ya dado todo, sangre y juventud.

Hacia la mitad de junio en algunas ciudades, habían estallado improvisadamente los tumultos contra la carestía de la vida. Improvisadamente, porque en Italia aún no reinaba el hambre en el verdadero sentido de la palabra, ni una gran miseria. Pero las masas trabajadoras italianas no estaban dispuestas ni a dejarse condenar al hambre, ni siquiera a vivir solo de pan. Y, sin abrigo, salieron a la calle a manifestar su descontento y a demostrar que no se dejarían condenar al hambre tan fácilmente. Los motines contra la carestía de la vida en 1919 asumieron un aspecto verdaderamente interesante y revolucionario, pues no eran motines causados por la desesperación de un pueblo al borde de la muerte, sino más bien por razones morales y políticas. El gobierno había visto claramente esto y con todos sus medios, por intermedio de sus prefectos, de los comunas y también de los municipios socialistas, trató de atenuar la amplitud y la extensión de tales agitaciones, obligando a rebajar, mediante medidas legales de toda suerte, el precio de todos los artículos. Pero la verdad es que, para las masas italianas, el movimiento de la carestía de los víveres fué más un resultado que el factor principal de todos los motines que duraron varias semanas y se efectuaron en todas las ciudades y regiones de Italia. Tales motines eran más bien el resultado de toda la fermentación revolucionaria comprimida y sofocada por los años de la guerra, y que al fin halló un primer desahogo. Esos motines contra la carestía de la vida tuvieron comienzo a mediados de junio de 1919.

Y el 15 de junio en Spezia, centro revolucionario, los obreros que habían salido a la calle a protestar contra los continuos aumentos de precios, asaltaron los negocios, requisando todo cuanto les fué posible hallar. Era la primera vez que ocurría un caso semejante en una escala tan vasta. Los obreros requisaron y todo que es más interesante, repartieron de inmediato entre el pueblo entero el fruto de sus requisas.

La noticia de los hechos de Spezia se esparció pronto por toda Italia y algunos días después muchas otras ciudades siguieron el ejemplo de la ciudad ligur, así hicieron Milán, Torino, Ancona, Roma, Florencia, etc. El movimiento era grandioso y unánime y contaba con el asentimiento de los soldados. El gobierno estaba imposibilitado para proceder con la violencia, pues en las filas mismas del ejército, el descontento iba en crescen-

do, y seguramente los soldados no habrían procedido contra los obreros. Un episodio, no único, pero muy significativo, de solidaridad entre los soldados y los obreros, se verificó en Ancona, donde, después de algunos días de huelga, cuando ésta hubo terminado y todos reiniciaron el trabajo, los obreros volvieron súbitamente a declarar el paro al correr rumores de que un grupo de soldados había sido castigado por negarse a proceder contra el pueblo. Pero no sólo en Ancona tuvieron lugar tales episodios, sino que fueron numerosos en casi todas las ciudades de Italia.

Otro caso. El primero de julio, en la Piazza Navona de Roma, un batallón de Arditi, que había sido colocado junto a los carabineros, [illegible] vez de cargar contra los demostrantes, como ordenó el comandante de los carabineros, se puso a disparar sus armas contra los carabineros mismos, matando algunos, entre ellos al oficial (Es lógico que la prensa burguesa mantuviese un silencio absoluto sobre la mayoría de los actos de revuelta militar, pero no por eso dejaron de ser generalmente conocidos y sirvieron para animar aun más a las masas).

Pero el interés del movimiento contra la carestía de los víveres en 1919 no está solamente en estos actos de revuelta más o menos aislados, y hasta sintomáticos y que nos dan una idea de la atmósfera revolucionaria que reinaba entonces en Italia, sino en el espíritu que animaba a las masas obreras y revolucionarias ya en 1919. Lo que caracteriza y da valor a todo este movimiento, he dicho, es el espíritu que animaba a las masas y a los obreros en general que, al proceder al asalto de los negocios, no se dedicaban a destruir, a saquear por cuenta propia cada uno, — como se habrían alegrado de ver los burgueses, — sino que una vez expropiado un negocio, era súbitamente distribuído el fruto de la expropiación entre los presentes y la multitud que acudía.

Un grupo cualquiera de demostrantes entraba en un negocio y preguntaba al propietario si estaba dispuesto a vender sus artículos al menos con un 50 o|o de rebaja, y si se rehusaba, protestaba, etc., era requisado todo de inmediato y distribuído en el acto. O bien se expulsaba al propietario y se cerraba el negocio y las llaves eran llevadas a la Cámara del Trabajo, que se encargaba de la venta de todos los artículos. Los negocios donde los propietarios accedían por sí mismos a vender a precios módicos sus artículos, según las exigencias obreras, exhibían un cartel con estas palabras: "*Se hace la rebaja del* 50 o|o *por voluntad del pueblo*". Y este es precisamente el lado más significativo de todo ese movimiento que se desarrolló en junio-julio de 1919 en toda Italia, y que echó en las masas los gérmenes de una verdadera tendencia a la expropiación y distribución inmediata de todo cuanto se recogía, o bien la de llevar las llaves de los negocios secuestrados a la Cámara del Trabajo, considerada la casa de todos los trabajadores. El entusiasmo era grande, pero cegaba demasiado a las masas, no permitiéndoles ver claro en la situación ni prepararse a todos los contragolpes posibles y a los lazos que urdían ya los falsos amigos. Alentadas como estaban las masas por el éxito obtenido casi sin coacción, no se paraban en sutilezas y no se daban cuenta del lugar en que se encontraban sus numerosos enemigos.

Los socialistas, las organizaciones sindicales reformistas, aunque demostraban dejar hacer, intentaban con todas sus fuerzas impedir qué esos acontecimientos saliesen del carácter de simples protestas y rompieran los límites prefijados dando origen a una verdadera y profunda revolución, y localizaron en lo posible todo movimiento o agitación. Pero la crítica y la acción de los anarquistas tendía hacia un fin diverso, es decir indicó a los revolucionarios, a las masas que la victoria, incluso en los movimientos futuros, consistía en rechazar, en no reconocer las semi-medidas propuestas por el reformismo, que no respondían sino al mantenimiento del aparato de opresión y privilegio. A propósito escribía nuestro periódico anconetano *La Volontà* del 16 de julio de 1919, reclamando la atención de todos los revolucionarios sobre las tentativas del gobierno y de los jefes socialistas para poner un freno a todo el movimiento tan bien iniciado: "es preciso que las masas reflexionen que todas las semi-medidas tendrán resultados parciales y pasajeros, sino es demolido todo el aparato de la opresión y del privilegio.

Pasado el primer momento, los artículos requisados y acumulados en la Cámara del Trabajo (si no se ha tenido el buen sentido de distrubuirlos pronto entre el pueblo, mientras persiste aún el amedrentamiento burgués) serán restituídos a los propietarios y, en una forma o en otra, les serán pagados con dinero de los contribuyentes, es decir del mismo pueblo. Los paliativos perderán poco a poco la eficacia y los artículos, reducidos natural o artificialmente, serán para quien tenga dinero; el capital encontrará empleo más lucrativo, independientemente de las necesidades de la población. La producción de los generos a bajo precio disminuirá porque los productores capitalistas querrán mejor producir aquellos que pueden vender más caros; el gobierno arrojará al mercado nueva moneda falsa; las importaciones disminuirán aún y nos encontraremos después otra vez en la calle, tal vez con el hambre verdadera y propia en su aspecto más terrible. *La verdad es que no se habrá hecho nada hasta que no se haya hecho todo.*"

Pero esta primera ocasión para una revolución italiana pasó sin hacerse ninguna tentativa, porque, según los que no querían la revolución, el pueblo no estaba aún maduro. Mientras la realidad es que, llevados demasiado por el entusiasmo de los hechos que tenían lugar, y creyendo en las palabras de los políticos que habían abrazado la causa revolucionaria porque veían en ella una nueva "veta de oro" que explotar, se dejó demasiado libre la mano y el campo de acción de esas gentes, que, por consiguiente, tuvieron la posibilidad de sabotear la revolución cuando lo consideraron oportuno. Pero en 1919 se estaba en el comienzo de todo el movimiento revolucionario que iba ensanchándose y difundiéndose majestuosamente, aunque ya se advirtieran algunas tentativas reaccionarias. En Milán, en abril de 1919, un grupo de Arditi, capitaneado por uno de los actuales y más feroces jefes del fascismo, De Vecchi, quemaron por primera vez el diario socialista *Avanti!* y el 2 de diciembre de 1919, en Roma, otro grupo fascista atacaba de hecho a algunos diputados socialistas; pero estos actos provocaron una respuesta inmediata de parte de los revolucionarios y de la clase obrera entera, con huelgas generales que se propagaron a todas las ciudades de Italia.

HUGO TREUE

(*Continuará*)

(1) *Véase el número* 91 *del* 15—10—23

Páginas íntimas

CARTA DE ELISEO RECLUS A SU HERMANA LUISA.—

París, 1859—

Es mi pluma la que eligió la comunidad para escribirte algunas palabras de afecto. Cada uno a su vez debemos decirte que te queremos, que te deseamos buena suerte, ánimo y buen éxito en la guerra que has emprendido contra las tradiciones, contra las conveniencias, contra las travesuras sentimentales para convertirte en una hija de la libertad. Nosotros todos, que queremos ser buenos, somos como esos nadadores que reman contra la corriente; no solo nos es preciso luchar contra el agua que nos arrastra, sino que es necesario vencer nuestro propio cansancio y nuestros desfallecimientos. Tú eres jóven, entusiasta, generosa; avanza, pues, lo más que puedas; a fin de que la bondad y el amor a la verdad se vuelvan en ti espontaneos, a fin de que seas perfecta sin hacer ningún esfuerzo. Ninguno de nosotros es más que una milmillonésima parte de la humanidad entera; nuestra acción individual en esa enorme masa será, por consiguiente, bien mínima y no haremos progresar la aplastante máquina más que una partícula de pequeñez infinitesimal.

Tendremos tanta mayor satisfacción al haber hecho nuestro deber cuanto que lo habremos cumplido por amor a la justicia y la verdadera generosidad no exige nunca recompensa. Es en eso en lo que diferimos de los cristianos que ejercen la usura con el buen dios y que hacen el balance de cada uno de sus actos y de las alegrías del paraíso. Si nos basta se obrar para remover el mundo, la vanidad podría llevarnos a ser buenos, pero es la conciencia de nuestro deber, el sentimiento de la justicia los únicos que deben impulsarnos. Es verdad que tenemos tambien la gran satisfacción de trabajar de concierto y de ayudarnos mutuamente por nuestro amor. Todos los progresos infinitesimales que realizamos aquí y allá, se añaden unos a otros, aceleran el progreso general y van a engrosar el gran río como las gotas de agua. Fundemos en nosotros mismos y a nuestro alrededor pequeñas repúblicas. Gradualmente esos grupos aislados se acercarán como cristales esparcidos y formarán la gran república.

Tú has sabido sin duda, por cartas de Orthez o de Poitiers cómo van los diversos miembros de la familia. Onésimo goza de mejor salud y debe próximamente recomenzar a trabajar

A tí, mi buena hermana.

ELISEO RECLUS

BORRON

Se cayó del andamio;
y quedó muerto, Juan, el albañil.
¿Que se mató un obrero? Todo sigue como antes;
mas he aquí lo malo: no queda todo ahí.
Juan deja siete niños
y deja una mujer: ¡Todo está aquí!
El mayor de doce años y el más chico de meses,
¡la mujer tan gastada! ¿Ya a quién puede servir?
sino quizá un vecino diera pan a sus pibes
con tal que ella le diese de dormir...
¡Vamos, que ocurren cosas!...
Si Juan se hubiese muerto cinco años después,
de ladrón y ramera, sus dos hijos mayores,
traerían a todos de comer.
¡Pero aún son tan niños, tan niños!... que las Damas
de la Beneficencia los van a recoger;
y en asilos criados, de estos siete cachorros
de la miseria, siete lacayos se han de hacer...
¡Vamos! ¿Y por qué ocurren tales cosas?
¡Vaya a saber por qué!...

Alvaro Yunque

Agosto 1924, *Bs. Airs.*

Gandhi y el problema de la mujer

"El primer deber es apoyar a los débiles, y no lesionar ningún corazón humano".— GANDHI

¡Ex oriente lux! — De oriente nos viene la luz.

El pueblo hindú despierta. Desde el fin de la guerra mundial realiza una lucha unitaria organizada contra la dominación extrangera, o, mejor dicho, contra esa forma del capitalismo europeo que explota y oprime el país. El guía espiritual y político de esa lucha simultaneamente nacional y social es Gandhi, el Mahatma —"la gran alma" — como llama el pueblo hindú a este hombre extraordinario, a quien se venera hoy como un santo, y a quien en los siglos venideros tal vez se considerará como el hombre más grande de nuestros días.

Su grandeza consiste en querer llevar a su pueblo a la libertad y en elevarlo; su grandeza está en la naturaleza de su lucha, en la pureza, en la bondad y en la ausencia de violencia con que trata de obtener su fin. Sus armas no son en primera línea la "resistencia pasiva", el boicot, la negativa a emplear artículos de procedencia inglesa y a reconocer y utilizar las autoridades e instituciones inglesas; su arma pricipal es la educación del pueblo hindú. No elije ese camino aparentemente tan pasivo por debilidad, a causa de la forzada falta de armas, sino por el profundo reconocimiento de que sólo la firme voluntad del pueblo, purificada por la bondad, puede llevar a la libertad — no la violencia de las armas y el odio.

Gandhi no odia a los ingleses. Apela a su razón en pro de su querido pueblo que sufre, y los llama sus "queridos amigos". Pero he reconocido: Ninguna reforma inglesa puede libertar a la India; sólo puede hacerlo el pueblo mismo, haciéndose digno de la libertad. Su lucha contra todos los opresores externos consiste especialmente en presentar al pobre pueblo las más estrictas exigencias. Su objetivo es más grande que el de libertar a la India. Una India libre, así cree ardientemente, libertará también al mundo de aquellos dos venenos europeos: el industrialismo y el militarismo. Pero eso sólo puede suceder si la India, en su lucha por la libertad, conserva las manos inmaculadas por la sangre. Si Mahatma consigue refrenar la enorme y apasionada población de la India, hasta tal punto que lleve su lucha por la libertad, con los métodos de la ausencia de violencia, a un fin victorioso, entonces habrá verdaderamente redimido al mundo, entonces habrá arrancado la espada al hombre y habrá puesto en sus manos, en lugar de ella, las armas de la individualidad y del amor.

Gandhi es el gran educador de 300 millones de hombres de diversas razas que pueblan la India. Obra suya es la unificación de los hindús y mahometanos, hasta aquí tan hostiles; obra suya es el derrumbamiento inicial de aquella terrible muralla que excluía de la comunidad del pueblo hindú a la casta inferior del paria. "Emanación de la eterna justicia es el hecho de que los hindús se hayan convertido en parias del imperio británico. Los hindús deben lavarse las propias manos de la sangre que las mancha.... La existencia de los parias ha hecho indigna a la India. Inglaterra no ha hecho nada más despreciable". Así acusa a su pueblo.

Organiza establecimientos educativos en los que hace educar a la juventud en la sencillez y en la abstención. Intenta hacer volver al pueblo al trabajo casero, a los telares pequeños y su interés por ese trabajo, que debe hacer a la India independiente de Europa y libertaria de las garras del industrialismo, llega hasta lo más insignificante. Y todo lo que enseña es practicado por él mismo. Vive en la pureza, en la pobreza y en la abstinencia. Adoptó una pequeña paria y la colma con la abundancia de su corazón amoroso.

Mahatma Gandhi, el gran alma, es un amigo y un socorredor de todos los oprimidos; es, por consiguiente, un socorredor y un guía para las mujeres. En ninguna parte del mundo es más dura la situación de la mujer que en Oriente, donde hasta aquí apenas significó más que un objeto de la posesión del hombre. Desde temprano, casi niña, es casada; a menudo vive en el haren entre varias mujeres esclavas o como hetaira. Hasta estos últimos tiempos la viuda hindú, — si no quería decaer en el aprecio público, debía hacerse quemar con el cadáver de su marido, para significar que no tenía más deseos de una vida personal. Gandhi, al libertar a un paria, ha redimido también a la mujer. Y lo hace nuevamente al presentar sus reivindicaciones, no a los opresores, a los hombres, sino a las mujeres mismas. Ellas mismas deben romper los lazos de su existencia, no consintiendo depravarse en el sibaritismo y en la dependencia de esclavas. Deben intervenir, como compañeras de lucha de los hombres, en la vida social y política y estar al lado de los hombres, más aún, precederlos, pues el sexo femenino, "no es el sexo débil. Es el sexo más noble de ambos porque puede sacrificarse, padecer en silencio, humillarse, porque puede creer y reconocer".

También el destino de las numerosas prostitutas de la India le conmueve profundamente, a él, para quien es sagrado todo lo que tiene un aspecto humano; llama a las prostitutas "nuestras hermanas caídas" en uno de sus artículos periodísticos. También las llama a la autoayuda, les habla en reuniones especiales y les ofrece su concurso y su consejo, si quieren emprender un trabajo honesto.

¡Qué cambio! Mahatma Gandhi, el santo de la India, el primer hombre endiosado por el pueblo, se llama públicamente el amigo de los repudiados. Las mujeres de la India se lo han agradecido. En su pesada labor, no sólo está a su lado su mujer. Una gran serie de mujeres inteligentes y valientes trabajan en su movimiento y sufren penas de prisión por la causa. Y cuando él mismo estuvo en prisión hace poco, millones de mujeres hindús lloraron e imploraron todas las noches hasta en las más lejanas aldeas por aquel que las ha libertado.

Romain Rollain, el pacifista francés, le ha erigido un monumento en su libro *Mahatma Gandhi*. Ese libro en que se recogen las aspiraciones de Gandhi, obra como un ardiente hálito en los días de invierno circundándonos la lejana primavera, la primavera de un nuevo período en el que el mundo será regido por el dominio de sí mismo y por el amor.

MARTHA STEINITZ

Un poco de ciencia

SOLES GIGANTES

Todos hemos sido fascinados desde pequeños, cuando nos encantaban el Ogro y Fulgarcito, hasta la época más reciente en la que seguíamos las peripecias de la lucha entre los pequeños aeroplanos y los gigantescos zepelines.

No me excuso de haber acortado un poco el título contra la opinión de los astrónomos; hubiese podido escoger *Estrellas gigantes y Estrellas enanas*, pero las estrellas, como sabemos, son soles. También me ocuparé, naturalmente, de los soles enanos, pero en la ciencia los verdaderos enanos son los átomos minúsculos, — en la otra extremidad de la escala, — o más bien, los electrones que los componen.

LA DISTANCIA DE LAS ESTRELLAS Y SUS DIMENSIONES ABSOLUTAS

¿Cómo mediremos el diámetro de una estrella para saber si es gigante? Es necesario conocer dos elementos: ante todo el diámetro aparente del disco y, en seguida, su distancia. Lucrecio, según Epicuro, creía que el sol era un pequeño cuerpo. Saca esta conclusión, sin tener en cuenta la distancia, basándose solamente en las apariencias.

En tanto, sin tratar de discernir si el sol tiene el diámetro de un plato o el de una moneda de cinco centavos, o de evaluar su dimensión aparente, observamos que parece tener el mismo diámetro que la luna: según el principio de Lucrecio, el Sol y la Luna tendrían las mismas dimensiones. Sin embargo, nosotros sabemos que el Sol es 400 veces más grande. Hemos medido la distancia del Sol y hemos encontrado de unos 150.000.000 de kilómetros; la de la luna es de unos 380.000 kilómetros. Puesto que los discos tienen sensiblemente el mismo diámetro angular (más o menos la centésima parte de la distancia en cada caso), llegamos a la conclusión de que el diámetro del sol debe ser de 1.400.000 kilómetros, más o menos, mientras que el de la luna es de 3.600 kilómetros solamente, en números redondos.

Por lo tanto, comparado con la Luna el Sol es un verdadero gigante, a pesar de la aparente igualdad de los discos; pero para decirlo fué necesario medir sus distancias.

El Sol y la Luna nos presentan discos grandes que podemos examinar en detalle, y el estudio del espectro-heliógrafo, da precisos datos sobre la constitución de su envoltura gaseosa.

Pero cuando pasamos a las estrellas ya no se ven discos. Si creemos percibirlos es debido a una ilusión proveniente de las imperfecciones de los instrumentos de óptica. Parece, por lo tanto, superfluo ocuparnos de sus distancias. Cierta vez que Mark Twain había sido gravemente lastimado en las cascadas del Niágara, como el médico le hiciera notar que solamente diez y seis de las heridas eran mortales, le dijo: "las otras no me preocupan". Igualmente nosotros podríamos sostener que de las estrellas que no tienen discos perceptibles no deberían preocuparnos las distancias.

Esa no fué, sin embargo, la manera de ver de los astrónomos. Ellos trataron de medir esas distancias, y, aunque las dificultades fueran descorazonantes, se empeñaron y las vencieron.

La primera estrella cuya distancia fué medida ha sido la famosa (a) del Centauro (4 años de luz) y quien lo hizo fué el distinguido astrónomo escocés David Gill, que dedicó toda su vida a ese problema.

David Gill tenía la costumbre de enumerar las dificultades de la determinación de esta distancia comparándola a la medida del diámetro de una moneda de cinco centavos a tres kilómetros. Y recordamos sus protestas cierta vez que su rector le preguntó cómo un escocés podía preocuparse de una moneda a tres kilómetros de distancia.

Pero sabemos que esta estrella es la más cercana y por lo tanto la más fácil de medir. Otras estrellas, en cambio, a veces muy brillantes, no dan ningún resultado ni al más paciente escocés. Las susceptibles de medida nos indican que están tan lejos que su luz tarda años en llegarnos; para algunas, pocos años; para otras, centenares de años, y millares de años, por lo menos, para las cuales resultan infructuosas las medidas.

Comenzamos pues, a tener una idea de las distancias de las estrellas. El método utilizado en esas determinaciones es el método clásico de las medidas indirectas. Podemos figurárnoslo con los haces luminosos de dos proyectores dirigidos sobre un dirigible. Conociendo la distancia que separa a estos últimos y los ángulos según los cuales están dirigidos sus haces luminosos, los observadores pueden construir un triángulo que les dará la altura del dirigible.

Reemplacemos ahora a los dos proyectores por dos telescopios; el uno en una de las extremidades de un diámetro de la órbita terrestre, y el segundo en la otra extremidad; esos telescopios no estarán en su sitio simultáneamente, pero la estrella esperará lo más bien seis meses y más, para permitirnos el traslado necesario.

El ángulo al dirigible o paralaje, desgraciadamente muy pequeño en el caso de las estrellas. Es igual al doble del ángulo determinado por la tierra y el Sol tal como se las vé desde la estrella, sea más o menos el diámetro de una moneda de cinco centavos a tres kilómetros de distancia para (a) del Centauro.

LA UNIFORMIDAD DE LAS MASAS DE LAS ESTRELLAS

Desde la estrella más próxima, el Sol y la Tierra se nos aparecerían como una de esas estrellas dobles apretadas de las cuales conocemos tantas en el universo; aunque probablemente nuestra tierra es demasiado pequeña para ser visible ni desde ese astro tan cercano.

No tendríamos dificultad para ver al Sol. Pero como su diámetro es solamente la centésima parte de la distancia de la tierra al Sol, distancia en ese caso también imperceptible, veríamos fácilmente a su disco desvanecerse, como sucede con el de todos los astros aún vistos con los telescopios más potentes.

Y ya que nos hemos supuesto transportados sobre (a) Centauro (que es la estrella más cercana), detengámonos un poco y verifiquemos un hecho conocido. Observando bastante tiempo, veríamos a la pareja desplazarse en el cielo, mientras la tierra gira alrededor de su compañero.

El Sol, sin embargo, marcha mucho más lentamente: su órbita es sensiblemente rectilínea, mientras que la Tierra describe una curva sinuosa, o, más exactamente, una trayectoria a tirabuzón. Si las masas de los dos cuerpos fueran sensiblemente iguales, sus trayectorias serían mucho más similares y ambas sinuosas.

Observando tales movimientos, (pues nosotros podemos estudiar el movimiento de las estrellas) deducimos si uno de los componentes de una estrella doble es mayor que el otro, o si son más o menos iguales. Se ha visto que no hay nunca una gran diferencia entre las masas de las componentes. Esas masas son muy parecidas entre sí, como lo son las de los guijarros de una playa.

CLASIFICACION DE ARVARD DE LOS ESPECTROS ESTELARES

Pero esto no nos da ningún dato concerniente a los diámetros de sus pequeños discos. Pero, ¿no me adelanté demasiado al decir que no había disco visible en ninguna estrella? Las nebulosas nos muestran discos sensibles; ciertamente no son estrellas, pero pueden llegar a serlo.

Sin embargo, los principales secretos entregados por las estrellas nos han venido, no con el aumento del diámetro de los telescopios, sino del acoplamiento a estos últimos de nuevos instrumentos auxiliares, tales como la placa fotográfica, el espectroscopio y muchos otros, nos revelan la composición de esos astros, permiten en consecuencia efectuar una clasificación, nos indican la velocidad de traslación, su brillo absoluto, — este es un descubrimiento reciente, sorprendente, — y podemos deducir su distancia, y nos reservan sin duda más sorpresas todavía.

Por el momento ocupémonos principalmente de la clasificación de las estrellas. En el sistema de Harvard se tiene un cierto número de clases designadas con letras mayúsculas:

O B A F G K M

Si el orden no es alfabético es a consecuencia de revisiones de ideas anteriores, y en razón del descubrimiento de una sucesión gradual de tipos intermediarios formando una cadena continua.

Una serie de estrellas colocadas en este orden podría dar una representación de la evolución de una sola estrella, como se podría estudiar el crecimiento de un árbol sobre cortes del mismo bosque a edades diversas, ejemplo ya dado por William Herschell. Pero nosotros hemos visto crecer un árbol y sabemos que su crecimiento ya desde la semilla al arbolito y de éste al corpulento roble, mientras que no hemos todavía tenido el tiempo de ver evolucionar una estrella y no sabemos, por lo tanto, si las evoluciones van de B a M o de M a B, aunque disponemos de un gran número de objetos clasificados.

Esta clasificación ha sido en gran parte la obra de Annie Cannon. Conozco a un hombre que sabe enderezar hábilmente baquetas de fusil; de una mirada inspeccionadora, un golpe de martillo y ya está derecha. Su salario se eleva a 15 libras esterlinas. Annie Cannon trata a los espectros con la misma habilidad pero me temo mucho que no sea tan bien retribuída.

LA TEMPERATURA DE LAS ESTRELLAS Y SU EVOLUCION

Es necesario ahora, si es posible, encontrar el sentido de la evolución de las estrellas; ya tenemos un dato importante adquirido cuando hemos podido unir la clasificación espectral y la temperatura de las estrellas, o, más bien dicho, su temperatura exterior, que es todo lo que podemos obtener. El exterior de una estrella es la parte más fría, sin embargo su temperatura es bastante elevada todavía. Así la podemos estimar por medio del espectroscopio, no con el examen de sus rayas, sino según las intensidades relativas de sus diversas partes. La extremidad O B y A de la clasificación es indudablemente más caliente que la otra. A título de ejemplo damos 15.000° para B, 5.000° para G y 2.500° para M.

¿Esto da la clave de la cuestión?

Sabemos que todos los cuerpos tienen una tendencia al enfriamiento, lo cual nos da la dirección OB-MN, como orden de evolución. Pero se sabe también que bajo la influencia de la gravitación la temperatura de una estrella puede aumentar y, en ese caso, la evolución se efectuaría en sentido contrario. La primera alternativa, sin embargo, se imponía con preferencia y cuando, por ejemplo, el profesor W. W. Campbell encontraba que la velocidad de las estrellas, determinadas también con el espectroscopio, eran más débiles en el tipo B que para el tipo M, se daba como explicación de ese hecho, que las estrellas "envejeciendo" se desplazaban cada vez más lígeras.

Esta idea de la disipación de la vida de una estrella pasando por el tipo O-B-M estaba, en verdad, bastante sólidamente arraigada, cuando se produjo una revolución cuya historia contaremos en un próximo artículo.

H. H. TURNER

BIBLIOGRAFIA

PUBLICATIONS DE "LA REVOLTE" ET "TEMPS NOUVEAUX" N.o 27 (Rue Ed. Abbat, 9, Robinson par Sceaux — Francia).

Hemos recibido el número 27 de la serie de folletos que publica el compañero Juan Grave; su editor apela a todos los camaradas de todos los países para que se subscriban por dos ejemplares y los soliciten luego en las librerías locales para la venta; de esa forma se realizarán del precio de la subscripción, el objeto es aumentar el número de los subscriptores para agrandar el formato y regularizar el traje de esta publicación.

Entre el material de este número hay que mencionar la traducción de un artículo de Lipotkin en la revista rusa publicada por Volin, una correspondencia de Bélgica y otra de Chile; esta última contiene una gran serie de incorrecciones y de exageraciones.

El viejo Bercer, secretario del congreso de Londres de 1881, escribe una elogiosa nota bibliográfica sobre el libro de Rocker, *Johann Most, la vida de un rebelde*.

LIDEE ANARCHISTE (*L. Haussard, Boite postale, N.o 8, Bureau XX, París — Francia*).

Hemos recibido hasta el número 5 de esta publicación que aparece en París y que cuenta con un amplio cuerpo de colaboradores. Sus editores nos comunican las dificultades económicas porque atraviesan y piden por intermedio nuestro a los camaradas interesados el envío de su dirección y de su apoyo financiero. El número suelto para el exterior, cuesta 0.40 céntimos.

¿Qué es la anarquía?

(Conclusión)

El mismo sabio que considera la ciencia el más noble empleo de las facultades humanas, debe aprender que ella no es un dominio privado reservado a algunos iniciados que pontifican ante un público de ignorantes que les cree bajo palabra. Y en ciencia como en arte y en literatura, las facultades de juicio, de observación y de comparación difieren de las empleadas en ocupaciones que consideramos como más vulgares.

Pese a la comprensión intelectual que pesa desde tantos siglos sobre la humanidad, la ciencia ha podido progresar y desenvolverse, merced al espíritu crítico de las individualidades refractarias a las enseñanzas oficiales, a las concepciones enteramente hechas. Debe ser puesta, pues, al alcance de todos, devenir accesible a todas las aptitudes a fin de que este espíritu de crítica que la ha salvado del oscurantismo, contribuya a apresurar su pleno florecimiento.

La ciencia se fragmenta en tantas ramas, que es imposible al mismo individuo conocerlas todas en su integridad; no bastando la duración de la existencia humana para que un hombre pueda adquirir bastantes nociones para poder estudiarlas hasta en sus menores detalles.

Para estudiarlas, está forzado a ponerse en contacto — a condición de saber criticarlas — con los trabajos de sus predecesores y también con los de sus contemporáneos. Es del conjunto de los conocimientos humanos que se extrae la síntesis general; lo que hoy sabemos, solo constituye un medio para adquirir los conocimientos del mañana. Y un individuo no obtiene conocimientos verdaderos sino auxiliándose con el trabajo de todos; no son de desdeñar las observaciones de los más ínfimos. Que los sabios también, pues, cesen de creerse una casta aparte, que comprendan, en fin, que la ciencia no exige aptitudes especiales, que debe ser accesible a todos, para que todos, desarrollándose, contribuyan, así, al desenvolvimiento general.

Lo que es verdadero para los individuos es verdadero para las naciones. Así como un individuo no puede vivir sin el apoyo de todos, un pueblo no subsiste sino con el concurso de otros pueblos. Una nación que quisiera encerrarse dentro de sus fronteras, cortando toda relación con el resto del mundo, no tardaría en retrogradar y perecer. Es, pues, absurdo y criminal fomentar, so color de patriotismo, los odios sedicentes nacionales, cuando únicamente son pretexto de los gobernantes para legitimar esta plaga: el militarismo, del cual necesitan para asegurar su poder.

Cada nación necesita de las otras.

No existe un país que, ya sea por un producto, ya sea por otro, no sea el cliente de otro país. No se puede ser enemigos por el hecho de que se hable un lenguaje diferente, y porque hace algunos cientos de años, los habitantes del país vecino despojaron y asolaron países que os son, hoy, indiferentes, pero de los cuales se quiere sintáis el ultraje, porque, antes, los habitantes estaban sometidos al yugo que os avasalla.

No hay una sola nación que no tenga algún crimen de este género que reprochar a sus vecinos; quien, en la hora actual, no posea en sus fronteras alguna provincia incorporada magüer la mala voluntad de los habitantes. Y si aquellos que cometieron esas bandolerías fueron muy odiosos, ¿de qué son responsables sus descendientes? Nosotros también seríamos, entonces, responsables de las depredaciones que nuestra historia nos hace admirar como hechos gloriosos.

¿Quién, entre los que aspiran a vivir solamente de su trabajo, puede tener interés en ver una nación lanzarse contra otra? Unicamente los que se han hecho amos de las naciones, quienes teniendo interés en aumentar el número de los que explotan, necesitan dar alimento a la actividad de aquellos a quienes excitan para matar, al mismo tiempo que la amenaza de guerra con los vecinos es una justificación de la existencia de las tropas que constituyen su sostén.

Los déspotas que han erigido el patriotismo como nueva religión, saben muy bien pasar por sobre las fronteras cuando se trata de defender sus privilegios o de extender su explotación. ¿Se trata de hacer la caza a las ideas "subversivas"? burgueses franceses, alemanes, italianos, suizos, rusos y otros, saben prestarse sus diplomáticos y sus polizontes.

¿Se trata de reprimir una huelga? los explotadores con sin igual frescura contratan a los trabajadores extranjeros si éstos consienten en trabajar al precio más bajo y si fuera necesario los gobernantes se prestarían sus ejércitos.

¿Y todas las convenciones internacionales que ellos han establecido para el correo, las finanzas, el comercio, la navegación, el comercio, los ferrocarriles, no prueban, por encima de todo, que la entente pacífica es la ley suprema?

Los anarquistas quisieran que los trabajadores viesen un hermano en cada trabajador, sea el que fuere el lado de la frontera donde haya nacido.

Hermanos ya, en miseria, sufriendo los mismos males, sometidos al mismo yugo, tienen los mismos intereses que defender; el mismo ideal que perseguir, sus verdaderos enemigos son los que explotan, los que esclavizan, traban su desenvolvimiento. Es contra sus amos que ellos deben armarse.

La anarquía no se detiene en las combinaciones cobardes de la política, profesa el desdén más profundo por los políticos; las promesas de los caudillos no le interesan sino para hacer resaltar toda su inanidad y servirse de ellas para demostrar que la organización social solamente se transformará el día que se ataque resueltamente sus vicios económicos.

Si creen en las mentiras que declaman, los políticos no son sino ignorantes e imbéciles, pues el menor razonamiento debería hacerles comprender que cuando se desea curar un mal o impedir que se reproduzca, es necesario atacar sus causas. Si mienten pertinentemente, son bribones y, en un caso como en el otro, engañan a aquellos de quienes captan la confianza por su charla descarada y sus intrigas.

Los que explotan la organización económica actual tratarán siempre de desviar en su beneficio los ensayos de mejoramiento que pudieran ser sugeridos y habrá siempre personas a quienes asusten los cambios bruscos, limitándose a los términos medios que les parecen conciliar todos los intereses.

Los amos tendrán siempre interés en engañar a los oprimidos sobre los verdaderos medios de liberación y habrá siempre bastantes ambiciosos para ayudarlos a embarullar más aún las cuestiones.

La anarquía demuestra la iniquidad de toda tentativa de mejoramiento que solamente ataque los efectos dejando subsistir las causas.

En tanto que la riqueza social sea la herencia de una minoría de ociosos, esta minoría la utilizará para vivir a expensas de los que explota. Y como es la posesión del capital la que hace a los poderosos y a los amos de la organización social, están siempre en disposición de desviar en su provecho todo mejoramiento que se produce.

Para que un mejoramiento beneficie a todos, es menester destruir los privilegios. Y es necesario que los esfuerzos de los que no poseen nada tiendan a posesionarse otra vez de lo que les despojaron. Quebrantar el poder que los aplasta, impedir que se reconstituya, apoderarse de los medios de producción, reconstruir una organización social donde la riqueza social no pueda ser, en lo sucesivo, concentrada en las manos de algunos. He aquí lo que sueñan los anarquistas.

Para impedir la explotación del hombre es necesario cambiar las bases del orden económico; es necesario que el suelo y todo lo que es trabajo de las generaciones anteriores queden a la libre disposición de los que puedan trabajarlo, que no puedan ser acaparados en beneficio de cualquiera que sea, individuo, grupo, corporación, comuna o nación.

Es lo que no comprenden los partidarios de las reformas parciales y es lo que demuestra, sin embargo, el estudio concienzudo de los hechos económicos. Nada bueno podemos esperar de la obra de los charlatanes de la política. La emancipación humana no puede ser la obra de ninguna legislación, de ninguna concepción de libertad, de parte de los que dirigen; sólo puede ser la obra del hecho realizado, de la voluntad individual afirmándose por medio de actos.

Apoyándose sobre la doctrina evolucionista, rechazando toda voluntad preconcebida en los fenómenos por los cuales se manifiesta la evolución de los mundos y de los seres; reconociendo que ésta es la obra pura y simple de las únicas fuerzas de la naturaleza en contacto, el simple resultado de las transformaciones que esa materia cumple en el curso de su propia evolución, la anarquía es francamente atea y repudia toda idea de entidad creadora o directora fuere la que fuere.

Pero, como ella es la libertad absoluta, si combate las divagaciones religiosas es simplemente desde el punto de vista de la verdad, y sobre todo porque los cleros que se han creado en torno de los diferentes dogmas religiosos pretenden esgrimir la fuerza que les presta la autoridad y el capital para imponer sus creencias y hacer pagar los gastos, aun a los que rechazan toda creencia religiosa.

En cuanto a lo que concierne al pensamiento íntimo de cada uno, los anarquistas comprenden que cada individuo no puede pensar en forma distinta de la que le permite su mentalidad; no verían inconveniente alguno en que grupos de personas se reunieran en edificios especiales para elevar plegarias y alabanzas a un ser hipotético, si estas gentes no trataran de imponer sus creencias a los otros.

Sólo esperan el triunfo de la razón por la cultura de los cerebros, sabiendo por experiencia propia que ni la fuerza ni la opresión ahogan la idea.

Libertad absoluta en el dominio del pensamiento, como en el de los hechos, en la familia como en la sociedad.

Como todas las formas de la actividad humana, la asociación de los sexos no debe tolerar el control ni la sanción de nadie. Es absurdo querer colocar límites, barreras u otras trabas a las afecciones de los individuos. El amor, la amistad, el odio no se dominan, se les experimenta o se les sufre sin poder defenderse de ellos, sin saber, lo más amenudo, explicárselos ni disociar sus móviles.

El matrimonio no puede ser, pues, validado por ninguna regla, por ninguna ley, sino por la buena fé y la mútua sinceridad; solo para la afección recíproca de dos seres asociados, puede haber prolongación en el tiempo, y debe quedar disoluble a la voluntad de aquel para quién se convierte en una obligación.

Ciertamente, habrá siempre cuestiones que no se resolverán nunca sin dolor ni rozamientos; como la cuestión de los hijos, el pesar de aquel en que sobrevive el amor y otras cuestiones de sentimiento. Pero esto tampoco se arreglará por reglas preestablecidas; por el contrario, la obligación no hace más que envenenar las dificultades. Debe ser patrimonio de los interesados el hallar la solución de las discrepancias que les dividen.

Todo lo que se puede desear es que se eduque suficientemente el nivel moral de la humanidad, para que la bondad y la tolerancia crezcan y aporten su bálsamo cicatrizador a las cuestiones de las pasiones humanas, las que por su naturaleza escapan al control y a la reglamentación.

La gran objeción tras de la cual se parapetan los adversarios acorralados hasta en sus últimas trincheras, es que el ideal anarquista es hermoso, ciertamente, pero demasiado hermoso para poder ser realizado y que la humanidad no será jamás bastante sabia para saber alcanzarlo.

Esta objeción es especiosa. Si nadie puede decir lo que será mañana la humanidad, no hay una fase en su desarrollo, que si hubiera podido ser prevista y anunciada a las generacione que la precedieron, no hubiera dejado de ser hallada, con apoyo de razonamientos, tan irrealizable como se supone irrealizable el ideal anarquista por los que no saben jamás abstraerse del presente, lo que se comprende, pues su cerebro no ha cumplido todavía la evolución que debe facilitar el nuevo orden de cosas.

En tanto que los individuos estén sumidos en la servidumbre, esperando de los hombres o de los acontecimientos providenciales, el fin de su abyección, en tanto que se limiten a esperar sin obrar, el ideal más hermoso, el ideal más simple permanecerá forzosamente en estado de puro ensueño, de vaga utopía.

O, diferentemente a lo que reza la fábula, ¿se ha visto acaso descender la fortuna a los piés del dormido, esperando pacientemente que le plazca a su pereza cogerla?

Cuando los individuos hayan reconquistado la estima de sí mismos, cuando se hayan convencido de su fuerza, cuando, cansados de flexionar la espina dorsal hayan encontrado otra vez su dignidad y sepan hacerla respetar, habrán aprendido que la voluntad todo lo puede cuando está al servicio de una inteligencia consciente.

Les bastará querer ser libres para encontrar seguramente los medios de llegar a ello.

JUAN GRAVE

(Del libro "L'Anarchie, Son But, Ses Moyens" — Editorial Stock, Paris.—)

El derecho de autodeterminación de los pueblos

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

XIII

A partir del tiempo de Bakunin (1864-1874) estos esbozos sobre la idea anarquista serán más cortos y hay que separar lo más posible lo que habría que decir sobre la propaganda, la táctica, la acción y las aplicaciones anarquistas. Dada la idea, se modifica sin cesar la práctica, pero una pequeña parte de esas modificaciones solamente al culminar en el florecimiento de una nueva forma o fase de la idea.

Bakunin se relaciona al pasado de la anarquía casi exclusivamente por Proudhon; existe un testimonio que he recogido en otro tiempo de labios de alguien que lo ha conocido bien en 1860-70 en Italia, de acuerdo al cual dijo que leyendo un libro de Proudhon fué súbitamente afectado por la crítica proudhoniana (digida contra el Estado y la propiedad o contra las escuelas socialistas autoritarias) y que se había dicho que aquella era la verdadera idea social. Proudhon habría, pues, hecho vibrar en él una cuerda sensible, emparentada, y esto es muy posible. Leyó mucho a Proudhon en Italia. Por lo demás ha visitado siempre a Proudhon en ocasión de sus viajes de 1863 y 1864; ha mencionado su última entrevista en estos términos: "Proudhon, a pesar de todos los esfuerzos que ha hecho para sacudir las tradiciones del idealismo clásico, no por eso dejó de ser toda su vida un idealista incorregible, inspirándose, como lo he dicho, dos meses antes de su muerte (noviembre de 1864), ya en la Biblia, ya en el Derecho romano, y metafísico siempre hasta lo negro de las uñas. Su gran desgracia es no haber estudiado nunca las ciencias naturales y no haberse apropiado de su método".. (1872). Bakunin, aunque no feminista pronunciado, difería también absolutamente de las ideas de Proudhon sobre la mujer; se cuenta que discutían también este asunto en la oportunidad de sus visitas y que la mujer de Proudhon se alegraba al ver llegar a Bakunin, que tenía la suficiente talla para hacer frente a Proudhon sobre ese asunto y decirle algunas buenas verdades.

Bakunin habría podido ser bien informado sobre los anarquistas Coeurderoy y Dejacque, ya olvidados, al volver a Europa después de doce años de prisión en Siberia (1849 a 1861), por sus amigos Alfred Talandier y Elie Reclus, así como por algunas personas de Ginebra; pero sin duda lo fué y apenas se preocupó de ellos. Pero al contrario ha tenido informes de Pisacane por su amigo Fanelli, uno de los camaradas de Pisacane en Sapri, aunque el silencioso Fanelli, que no era un hombre de teoría, no puede ser considerado por eso como conocedor a fondo de las ideas sociales de Pisacane, publicadas solamente en 1860 y sobre las cuales se había hecho el silencio. Si Bakunin ha conocido los *Saggi*, las ideas de *asociación* y de *federación* de Pisacane no habrían podido sino confirmar las suyas.

En el invierno de 1868-69 las ideas de Bakunin, formuladas entonces en el programa tan conocido de la *Alianza internacional de la democracia socialista* (otoño de 1868), fueron integralmente transmitidas a España por el viaje de Fanelli que formó los *núcleos organizadores provisionales* en Madrid y Barcelona con el programa de la Alianza. Esas ideas fueron aceptadas por el socialismo español desde entonces: se encuentran expresadas en el *Manifiesto de los trabajadores internacionales de la sección española*, por T. G. Morago (Madrid, 24 de septiembre de 1869), en los periódicos *La Solidaridad* (Madrid a partir del 15 de enero de 1870), *La Federación* (Barcelona, a partir del 1 de agosto de 1869, en el primer congreso español celebrado en junio de 1870 en Barcelona y en *Reglamento tipo aprobado por el primer Congreso obrero de la región española de la Asociación Internacional de los Trabajadores*..., Barcelona, 1870, 48 págs., y por una gran literatura pública y, a partir de 1874, clandestina. Esas fueron las ideas del colectivismo anarquista, caracterizadas por el modo de retribución de la labor que exigía que el obrero recibiese el producto íntegro de su trabajo, lo que implicaba convenciones para medir la cantidad o el valor de ese trabajo.

Era una cuestión espinosa sobre la cual Bakunin, según pienso, no se ha roto nunca la cabeza.

El capitalismo usurpador de la riqueza social y el Estado parásito acaparan una gran parte del producto del trabajo del obrero; después de su eliminación, el obrero gozará, pues, del producto entero: ¡qué hay de más sencillo! Pero, ¿cómo determinar el valor por un método verdaderamente equitativo? El comunismo sólo renuncia a la investigación de ese equivalente exacto, pero no se quería comunismo entonces, pues no se conocía más que el comunismo autoritario de Cabet y de Marx, y el comunismo libre de Dejacque y de otros estaba ya olvidado. James Guillaume ha insistido siempre que él y sus amigos eran comunistas, sin darse ese nombre, que para ellos el comunismo anarquista no era nada de nuevo, sólo que ellos no insistieron en esos detalles que no tendrían importancia más que después de la gran lucha que los absorbía ante todo.

De acuerdo a los impresos que nos quedan, no se adquiere esa impresión, pero habrá que volver a examinar muchos textos. Basta decir aquí que el anarquismo colectivista fué presentado durante una docena de años en el Jura suizo en publicaciones muy atendidas, redactadas sobre todo por James Guillaume (1844-1917). Existen en *Le Progrès* de Locle (1868 a 1870), *La Solidarité* (Neuchatel, 1870), el *Bulletin de la Federation jurassienne* (Sonvillier, Locle, Chaux-de-Fonds, 1872 a marzo de 1878), los *Almanachs du Peuple* para los años 1871 a 1875, el *Manifeste adressé aux ouvriers du Vallon de Saint Imier* (Neuchatel, 1870), diversas publicaciones de Adhemar Schwitzguebel (del Jura bernés, uno de los obreros más consagrados a la Internacional entonces), etcétera.

El ideal social de los jurasianos ha sido esbozado por Guillaume en el artículo *Une Commune sociale* del *Almanach* para 1871 y en sus *Idées sur l'organisation sociale* (Chaux-de-Fonds, 1876, 56 págs. folleto escrito primeramente para la Internacional italiana; reimpreso en París, 1921); estas ideas están también resumidas en el *Programme socialiste. Memoire presenté au Congrès jurassien de 1880*... (Ginebra, 1880, 32 págs., por Schwitzguébel, exposición del colectivismo jurasiano que, comparado al comunismo anarquista del *Révolté* y de los italianos, tenía entonces un aspecto conservador y se extinguió hacia esa época.

Son esas las ideas de Bakunin y del socialismo belga de los años 1860-1870 cuidadosamente aplicadas a las condiciones económicas del Jura y enmendadas por la experiencia sindicalista ganada en ese medio de obreros de oficios de precisión, muy instruídos y bien organizados y no deprimidos aún por la crisis (maquinismo, concurrencia americana) que proletarizó a esos obreros de *élite*. La anarquía, la revolución social son menos de actualidad que el sindicalismo libertario. Pero el *Bulletin* de Guillaume reune los informes del mundo anarquista de todas partes, discute los problemas teóricos y conduce la gran lucha contra los autoritarios, Marx y el Consejo general de Londres.

En Ginebra las ideas de Bakunin hallan una expresión más o menos clara, después de su partida en octubre de 1869, que en el Jura. *L'Egalité*, redactada aún algunos meses por Perron y Robin es poco satisfactoria. N. Joukowski, un ruso, redactó *La Solidarité* de 1871 a 1873, periódico de vida corta. Los refugiados de la Comuna importan el socialismo comunalista, que atrae a los anarquistas moderados, poco numerosos, cuyas ideas pierden su pureza en ese contacto. Publican *La Revolution Sociale* (últimos meses de 1871), *Le Travail* (algunos números de 1873), *La Commune* (1874); G. Lefrancais, Jules Montels, A. Tomachot pertenecen a ese número y N. Joukowski trabaja con ellos. Arthur Arnould, que visitaba mucho a Bakunin en Lugano (1875 a 1876), hizo aparecer en 1877 *L'Etat et la Révolution* (Ginebra y Bruselas), un librito lleno de ideas anarquistas.

Bakunin se había asociado en 1869 y 1870 con los internacionalistas franceses de Lyon y Marsella, pero salvo probablemente el obrero Palix de Lyon, hombre muy bueno, muerto bien pronto y que no ha escrito nada, sus ideas no fueron verdaderamente aceptadas más que por Charles Alerini (de la isla de Córcega), en Marsella, refugiado en España (1871 a 1873), después encarcelado en España. Gaspar Sentiñón y Rafael Farga Pellicer en Barcelona, García Viñas, T. G. Morago, Anselmo Lorenzo propagan esas ideas en España donde se forma en 1870 la *Alianza de la democracia socialista*, sociedad secreta que se convierte, por decirlo así, en la espina dorsal de la Federación Española de la Internacional. En Barcelona, en 1873, Paul Brousse publica con Alerini y C. Camet *La Solidarité Révolutionnaire*, que defiende la "an-arquía", el colectivismo y el materialismo"; los acontecimientos revolucionarios del verano de 1873 en España obligan a Brousse a refugiarse en Suiza y actúa vivamente pronto en la Internacional: publica *Le Suffrage universel et le problème de la souverainité du Peuple* (Ginebra, 1874). Se sabe que Jules Guesde había sido también entonces socialista anti-autoritario; firmó la circular jurasiana de noviembre de 1871 (Sonvillier), la primera protesta lanzada contra el Consejo general de Londres y escribió el artículo abstencionista *Le Suffrage universel* en el *Almanach jurassien pour* 1873.

La historia de esos años se encuentra en la *Memoire de la Fédération jurassienne* ... (Sonvillier, 1873, 285 y 139 páginas), por Guillaume, en *El proletariado militante, Memorias de un internacional* (1868 a 1872) por Anselmo Lorenzo (Barcelona, 1901, 446 páginas), *La Proscription francaise en Suisse*, 1871-72, por A. Claris (Ginebra, 1872, 132 págs.), etc., así como en los cuatro volúmenes de documentos y recuerdos de James Guillaume (París 1905 a 1910).

He mencionado ya el libro ruso en que Guillaume resume las conclusiones de Proudhon y expone el colectivismo anarquista (1874, III, 212 págs.); otro volumen de esa serie editada por los camaradas rusos de Bakunin contiene *El desenvolvimiento histórico de la Internacional* (en ruso; 1873, 375 págs.), volumen que reproduce un gran número de artículos extraídos del *Progrès* (Locle) y de la *Liberté* (Bruselas), colección única en su género. Esa serie contiene aún *Estatismo y anarquía* por Bakunin (en ruso; 1873, 308 y 24 páginas).

La propaganda rusa de Bakunin muestra la aplicación de sus ideas a los dos factores revolucionarios que reconoce en Rusia — a la juventud de las escuelas y a los campesinos. Sobre ese terreno práctico se ve el desenvolvimiento sucesivo desde su primer grito en *La Réforme* (27 de enero de 1845) y el discurso a los polacos en noviembre de 1847 a las ideas de 1848-49, resumidas por él en la "Confesión" de 1851, a las ideas siberianas en sus cartas a Herzen, a la propaganda febril de Londres y de Stockolm (1862-63), a la crítica aguda de las ideas de Herzen, primer giro libertario (1866), a la primera propaganda anarquista iniciada en 1868, (el periódico *La causa del Pueblo*). En 1869-70 esa propaganda es intensificada en el más alto grado, pero también desviada de su fin tan claramente expuesto en 1868, por la aparición súbita de Netchaief. Este fué el primer revolucionario ruso enérgico y salido del pueblo, no intelectual, que Bakunin encontró. Desgraciadamente era también un hombre sin escrúpulos, autoritario, blanquista en el fondo y que se habría adaptado muy bien en una posición dominante en el bolchevismo ruso de nuestros días. El y Bakunin se atrajeron como revolucionarios, deseando precipitar una verdadera acción, no como hombres de ideas comunes. Es inútil relatar aquí cómo Bakunin fué engañado por las exageraciones de Netchaef y, para ser útil a la causa, se sometió a las exigencias ficticias de una supuesta organización que en el fondo no era más que Netchaef mismo. Recobró su libertad en el verano de 1870 y desde entonces su propaganda rusa es puramente anarquista; llega a su apogeo en el verano de 1872 en Zurich por su contacto directo con la juventud eslava (rusos y servios) y por las partes que se ocupan de Rusia en su *Estatismo y anarquía* (en ruso; 1873) y su suplemento. Una minoría bastante activa de los socialistas rusos aceptaba entonces las ideas anarquistas e hizo una propaganda literaria de ellas (como el grupo del periódico *Rabotnik*, Ginebra, 1875-76) y una propaganda militante tendiente a producir una sublevación de los campesinos por revueltas locales; eso se hizo sobre todo en el medio día de Rusia y por un número muy reducido en el cual estaba P. Kropotkin, en Petersburgo.

En 1870-80 no había marxistas rusos, a excepción de algunos casos aislados. Los matices, indecisos, intermedios, predominaban, el de los *narodniki*; los populistas, los federalistas, antiestatistas y socialistas agrarios, y la teoría de P. Lavrof que se balanceaba entre el marxismo, el antiestatismo y las ideas moderadas; su revista *Vpered* (Adelante, 1873 a 1877) y su libro *El elemento estatista en la sociedad futura* (Londres, 1876) lo testimonian. Las ideas federalistas, populistas, revolucionarias y un poco anarquistas se encuentran por última vez en la revista *Obshtchina* (La Comuna), Ginebra, 1878-79. Después el blanquismo y el marxismo lo arrastran, el primero en el Comité ejecutivo de la *narodnaia Volia*, el segundo en la propaganda socialista obrera y en las exposiciones teóricas de Plekanof, Axelrod y otros a partir de 1883 y en el grupo *Tcherny Perediel*, primeramente compuesto de socialistas agrarios antipolíticos.

En Italia, gracias primeramente a la actividad personal de Bakunin (1864 a 1867, en Florencia y en Nápoles), luego a su larga residencia en Locarno en el Tessino, no muy lejos de Milán, sobre todo en los años 1871 a 1874, casi todo el movimiento socialista se penetró desde su comienzo de las ideas anarquistas. Bakunin se esforzó mucho por librar a sus jóvenes camaradas del nacionalismo mazziniano o garibaldino y lo consiguió en diversos grados. Su acción, lánguida durante los años 1868 a 1870, recibió un gran impulso por la Comuna de París, acontecimiento impresionante por su propia naturaleza y que sirvió indirectamente para poner al desnudo el antisocialismo inveterado de Mazzini. En lo sucesivo todos los hombrse generosos, obreros y estudiantes, acudieron a la Internacional, antiautoritaria en el más alto grado. Sus decisiones, como la tomada en la primera conferencia constitutiva de la Federación italiana (agosto de 1872, en Rimini) sobrepasaban en algunas ocasiones en intransigencia a las de las otras federaciones, jurasiana, española, belga. Por los frecuentes viajes a Locarno, por las reuniones colectivas de los íntimos de Bakunin en Zurich (septiembre de 1872), por una correspondencia intensiva y por los viajes de propaganda de los jóvenes internacionalistas, de 1871 a 1873, se estableció la cooperación y la solidaridad más íntima entre los anarquistas italianos y Bakunin. Desde el fin de 1873 una acción conspirativa los unió más aún; la insurrección general que estalló en agosto de 1874 en varias partes de Italia, pero que por diversas razones fracasó, vió en Bakunin uno de los focos de esa conspiración, en Bolonia, — su última expedición revolucionaria. Los hombres de esos movimientos, Carlos Cafiero, Andrea Costa, Errico Malatesta, Vincenzo Pezza (1841-1873), Francesco Natta (Florencia), Carmelo Palladino (Nápoles) y muchos otros, son bien conocidos y Malatesta está aún entre nosotros, militando como hace más de cincuenta años (desde la primavera de 1871).

Habría mucho que decir sobre esa joven y valiente Federación italiana, pero no desde el punto de vista de estos esbozos sobre la idea anarquista: fueron hombres dispuestos a difundir las ideas anarquistas, tales como Bakunin se las explicaba infatigablemente, hombres animados por el vivo deseo de acción (1873 los vió perseguidos en todas partes, 1874 los vió en conspiración y en insurrección de 1874 (verano) a 1876 (verano) casi todos estaban en prisión o en el destierro), — y no tenían tiempo para discutir y hacer evolucionar las ideas: la anarquía, presentada por Bakunin, era bastante teoría para ellos, — habrá que realizarla! —

La internacional de los grupos antiautoritarios — tal como la minoría del congreso de La Haya y el congreso de Sain Imier (1872), luego los congresos de Ginebra (1873), Bruselas (1874), Berna (1876) y Verviers (1877) nos la presentan — disminuyó gradualmente en vitalidad, es preciso decirlo. Fueron años de las más duras persecuciones en Francia, en España y en Italia y años de un abandono progresivo en Bélgica y en el Jura. Los antimarxistas de Inglaterra,

de los Estados Unidos, de Holanda se extinguieron casi por completo. La ruptura de la solidaridad internacional por las imposiciones autoritarias del consejo general de Londres, en la conferencia de 1871 y en el congreso de La Haya (1872) había dado un golpe demasiado rudo a la confianza tranquila y alegre en la idea de la omnipotencia del verdadero internacionalismo; esa idea languideció desde entonces y no se ha repuesto aún. Marx y sus acólitos han cometido los más grandes males con esa degradada escisión, no del organismo pasajero y siempre precario de la Asociación Internacional, sino de ese factor mucho más importante, la voluntad y la confianza mutua internacionales.

Pero — al menos según mi opinión — había allí generalizaciones muy poco imparciales también de parte de los anarquistas, ante todo de parte de Bakunin y de James Guillaume; en otros países se evitó el enconamiento de esa cuestión por la introducción del nacionalismo; pero Bakunin y Guillaume no se abstuvieron de él. No hablo de su acción durante la guerra de 1870-71, del manifiesto del 5 de septiembre de 1870 por Guillaume en Neuchatel y de la acción mitad patriótica, mitad revolucionaria de Bakunin en Francia (septiembre-octubre, 1870): esas son cuestiones de sentimiento y de emoción. Hablo de la manera fría, metódica, con aparato histórico, como Bakunin, en el *Imperio Knuto-germánico de* 1870 (primeros meses), en el largo manuscrito *A los compañeros de la Federación de las secciones internacionales del Jura* de 1872 (143 cuartillas) — inédito, pero Guillaume extrajo las páginas más vehementes como de una "palpitante actualidad" para los lectores de *La Bataille Syndicaliste* en 1914, en los primeros meses de la guerra — y en el gran libro ruso *Estatismo y Anarquía* (1873; existen reimpresiones, pero la primera traducción para LA PROTESTA, Buenos Aires, no ha sido aún publicada) instruye el proceso del pueblo alemán. Su tesis es la del carácter indeleblemente *estatista*, por consiguiente reaccionario, de todo lo que es *alemán*, del carácter *revolucionario* de los pueblos *latinos* y del carácter *anti-estatista* o más bien *no-estatista* de los pueblos *eslavos*.

No discuto esta tesis que no ofrece nada de nuevo, pero que está muy lejos de haberse probado, sino que siento que no incumbía a los anarquistas internacionalistas remover los puños en las llagas que separan los pueblos, y que en aquella época — como en la nuestra — existían ya bastantes prevenciones nacionales para que los anarquistas añadieran otras.

Así el internacionalismo, sentimiento generoso de los años 1864-1870, sacrificado por Marx, sacrificado por Bakunin, terminó entonces para estos protagonistas; ha continuado viviendo en el espíritu de tantos otros de todas las naciones, pero el viejo cuadro, la Internacional, había perdido su encanto indecible y su atracción poderosa. Se vació y no volvió a llenarse de nuevo en el sentido generoso que inspiraba a los hombres de antes de 1870.

En ese tiempo se creaba una solidaridad internacional bien distinta, la producida por la Comuna de París, 1871, el primer hecho revolucionario, un gran paso hacia adelante en comparación con la insurrección de junio de 1848 y que terminó con una catástrofe semejante, por el colmo de la ferocidad burguesa. Fué además una primera manifestación del federalismo y la proclamación de los verdaderos factores de la civilización y del progreso, que fueron siempre las *ciudades*, las *ciudades libres*, las *comunas*, nunca el organismo artificial, destructivo y parásito del Estado. Las insurrecciones federalistas (cantonalistas: Cartagena, Alcoy, etc.) en España, 1873, fueron otra expresión del espíritu anti-estatista que se despertaba entonces después del derrumbamiento de las monarquías en Francia y España. La solidaridad de los revolucionarios fué cimentada por la Comuna de París, pero la era de los políticos, del socialismo parlamentario, sonó de nuevo una decena de años después y la Comuna, siempre conmemorada, no ha sido resucitada aún.

Hemos observado ya que en Ginebra los comunalistas absorbían, por decirlo así, a los pocos anarquistas que quedaban en 1871. (Se hablará más adelante del grupo lyonés de Ginebra). En Londres los blanquistas, que se llamaban grupo *La Comuna revolucionaria*, erigían más que nunca en sistema el autoritarismo; fueron llamados vivamente al orden por los comunalistas del periódico *La Federation* (Londres, 1872 a 1875), pero esa polémica degeneró en personalismos; se puede releerla con más detalles en el libro de P. Vesinier, *Comment a péri la Commune de Paris* (París, 1892). El único de los comunalistas de Londres que tenía tendencias verdaderamente libertarias fué probablemente Eugéne Vermesch del cual he citado ya su profesión de anarquismo en 1868, que escribió una gran parte del *Père Duchesne* de la Comuna y que hizo aparecer en Londres, además de un cotidiano, seis "*Opúsculos revolucionarios*" (1872 en 16°) que conozco bien, pero que no puedo reexaminar en este momento. Fué el enemigo mortal de los blanquistas y laceró además a otros prohombres de la Comuna. Sobrevino una razzia de persecuciones y murió en el aislamiento y mentalmente enagenado.

Eliseo Reclus comienza a escribir en las publicaciones anarquistas durante esos años. Su primer artículo *Algunas palabras sobre la propiedad* en el *Almanach du Peuple* para 1873 (St. Imier) es idéntico al folleto a menudo impreso y traducido *A mi hermano el campesino* (Ginebra, 1893; Bruselas 1894; París en *Les Temps Nouveaux*, 1899, etc.; existe en armenio, 1893; también en los dos dialectos del bajo bretón, 1912, etc.). En otro almanaque, *La Commune, Almanach socialiste para* 1877 (Ginebra) se encuentra *El porvenir de nuestros hijos*. En *Le Travailleur* (Ginebra, 1877-78) se encuentra su *La evolución legal y la anarquía*. Hablaré en el capítulo próximo de esta revista y de este artículo.

En los buenos tiempos de la Internacional se había formado la idea de que la Internacional no sólo debía ser el modelo, sino el cuadro mismo de la sociedad futura. Las secciones de los diferentes oficios, los sindicatos por tanto, federados con las otras secciones — sindicatos locales y con las secciones — sindicatos de los mismos oficios en todas partes, tomarían posesión de la riqueza social el día de la revolución o de la liquidación social y organizarían la producción ampliando sus cuadros según las necesidades de cada localidad. Todo lo que el sindicalismo ha podido soñar, lo había entrevisto ya la Internacional. César De Paepe, en su informe al congreso de 1874 (servicios públicos) ha visto más lejos diciendo al respecto que el progreso futuro podría muy bien crear una situación "en que el trabajador no sería encuadrado para toda su vida en una o dos profesiones, sino que podría concurrir simultánea y sucesivamente a una multitud de oficios". Entonces la agrupación de los hombres en cuerpos de oficio desaparecería de las industrias, perdería completamente su gran importancia actual. En una palabra, vuelve a las ideas de Fourier, como lo hizo ya en su discurso de Patignies (1863). Pero en la práctica, para un tiempo más próximo, es menos avanzado.

Había escrito eso en ocasión de la gran discusión promovida en 1874 (congreso internacional de Bruselas) sobre la cuestión: *¿Por quién y cómo se harán los servicios públicos en la nueva organización social?*

He aquí algunos extractos de lo que dice Schwitzguébel, el delegado de los jurasianos: "Es evidente que la cuestión se plantea entre el Estado y la anarquía. En efecto, el informe bruselés (un documento muy discutido, por De Paepe) y las opiniones emitidas por diferentes compañeros culminan en la reconstitución del Estado. Se toma como punto de partida de la reorganización social el conjunto de las colectividades humanas, sea en las comunas, sea en las regiones del país. Para que la voluntad, los votos de esas colectividades puedan hacerse valer, les son precisas representaciones que determinen y coordinen esa voluntad; de ese modo volvemos a crear las asambleas legislativas que dictarán leyes; será necesario un poder ejecutivo para hacer ejecutar la ley; será necesaria toda la magistratura, el orden judicial, la policía, el ejército mismo para consagrar todo eso. ¿Qué diferencia hay entre ese orden futuro y el orden actual? Serán simplemente los obreros los que estén en el poder y no la burguesía. Se habrá hecho lo que la burguesía hizo frente a la nobleza. — En la *Federación jurasiana* pensamos que la revolución social no debe sólo tener por fin el poner a los obreros en posesión de los instrumentos de trabajo bajo cualquier forma, sino el conquistar también la libertad humana contra toda especie de autoridad. Queremos pues la disolución del Estado y la reorganización absolutamente libre de los trabajadores entre sí, de los grupos entre sí, de las comunas entre sí y las relaciones determinadas, no por la ley impuesta a todos, sino por los contratos libremente debatidos y consentidos y que no comprometan más que a los contratantes. Es así como un trabajador puede quedar al margen del pacto de su oficio, un grupo fuera del pacto federativo de la comuna y una comuna fuera del pacto federativo de la región. El mal que podrá resultar de esa práctica de la libertad será siempre menor que el que resultaría de la reconstrucción de los Estados."

Es inútil en lo sucesivo discutir con los belgas. De Paepe dice claramente que él "piensa que sería más práctico que las federaciones, en lugar de lanzarse en lo desconocido y lo imprevisto, se apoderen de la dirección de los Estados y los transformen en Estados socialistas obreros".

R. Farga Pellicer (Barcelona), el delegado de la Federación española, dice a los belgas: ..."El informe de la Federación de Bruselas nos vuelve al Estado y, cualesquiera que sean las restricciones que quieran hacer los autores del informe, la lógica de las cosas llevará al Estado obrero a ser un Estado autoritario como lo son los Estados actuales"...

La Internacional belga, con excepción de algunas partes del Valle de Vesdre (Verviers) y de un grupo de Bruselas, estaba ya perdida para la anarquía. Sin embargo, le quedaban a ésta los italianos, los españoles, los jurasianos y algunos rusos y franceses, entre éstos últimos Louis Pindy, Paul Brousse, Eliseo Reclus, Perrare, Dumartheray y otros. Los años 1875 y 1876 marcan un período de debilitamiento de la anarquía en Europa. Pero se repuso bien pronto.

Max Nettlau

Pensamientos

Sí, éstos, esclavos de sus apetitos, siervos de sus deleites, los Tiberios, los Nerones, los Calígulas, Eliogábalos y Sardanápalos. Estos son los adorados. Y al contrario, los que son los verdaderos señores de sí mismos, libres de toda maldad, éstos son los humillados. En consecuencia de ésto, mira aquellos muy sanos de corazón, tendidos en el suelo, y aquellos otros, tan malos, muy en pié. Los de buen color en todas sus cosas, andan decaídos; y aquellos, a quienes su mala conciencia les ha robado su color, por lo que robaron, están empinados. Los de buenas entrañas no se pueden tener ni conservar; y los que las tienen dañadas, corren. Los que les huele mal el aliento, están alentados; los cojos tienen pies y manos. Todos los ciegos tienen pelo. De suerte, que todos los buenos van por tierra y los malos andan ensalzados.

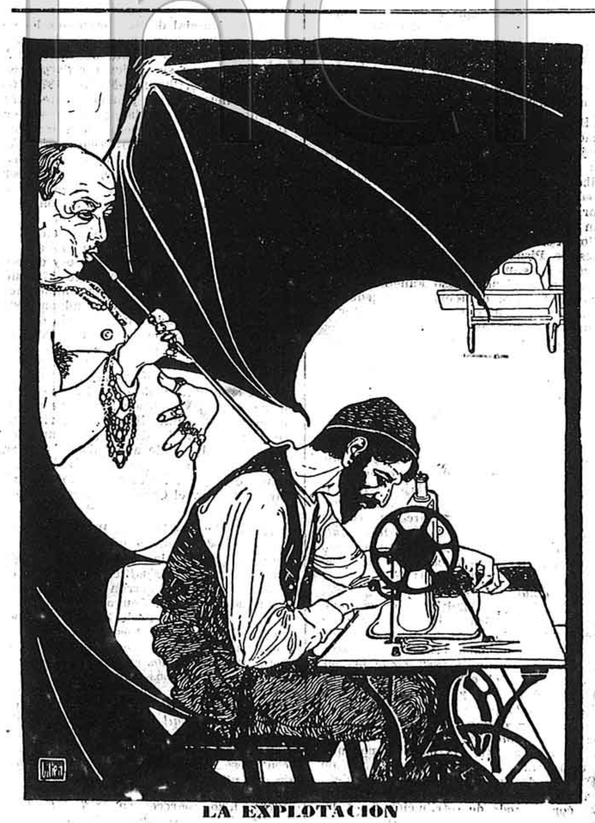
GRACIAN

Necios ensalzados

Asomaban ya por un cabo de la plaza ciertos personajes, que caminaban tan graves con las cabezas hacia abajo por el suelo, poniéndose del lodo y los pies para arriba, echando piernas al aire, sin acertar a dar un paso, antes a cada uno cuían. Y aunque se maltrataron harto, porfiaban en querer ir de aquel modo, tan ridículo como peligroso. Comenzó Andrenio a Mirar y Critilo a reir.

Haced cuenta, dijo Quirón, que soñáis despiertos. ¡Oh, qué bien pintaba el Bosco! Ahora entiendo su capricho. Cosas veréis increíbles. Advertid que los que habían de ser cabezas por su prudencia y saber, esos andan por el suelo, despreciados, olvidados y abatidos; al contrario, los que habían de ser pies por no entender las cosas ni entender las materias, gente incapaz, sin ciencia ni experiencia, esos mandan. Y así va el mundo cual digan dueñas; mejor fueran dueños! No hallaréis cosa con cosa. Y a un mundo, que no tiene pies ni cabeza, de merced se le da el descabezado.

GRACIAN



LA EXPLOTACION